

Manolo Valdés *Botticelli como pretexto*, 1996

# P e r f i l e s

FRANCISCO BRINES

VICENTE GALLEGO

LUIS GARCÍA MONTERO

MANOLO BORRÁS

ANTONIO CABRERA

PERE ROVIRA

ENRIC SORIA

JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ

SALVADOR DOMÍNGUEZ

ANDRÉS NEUMAN

JUAN MANUEL VILLALBA

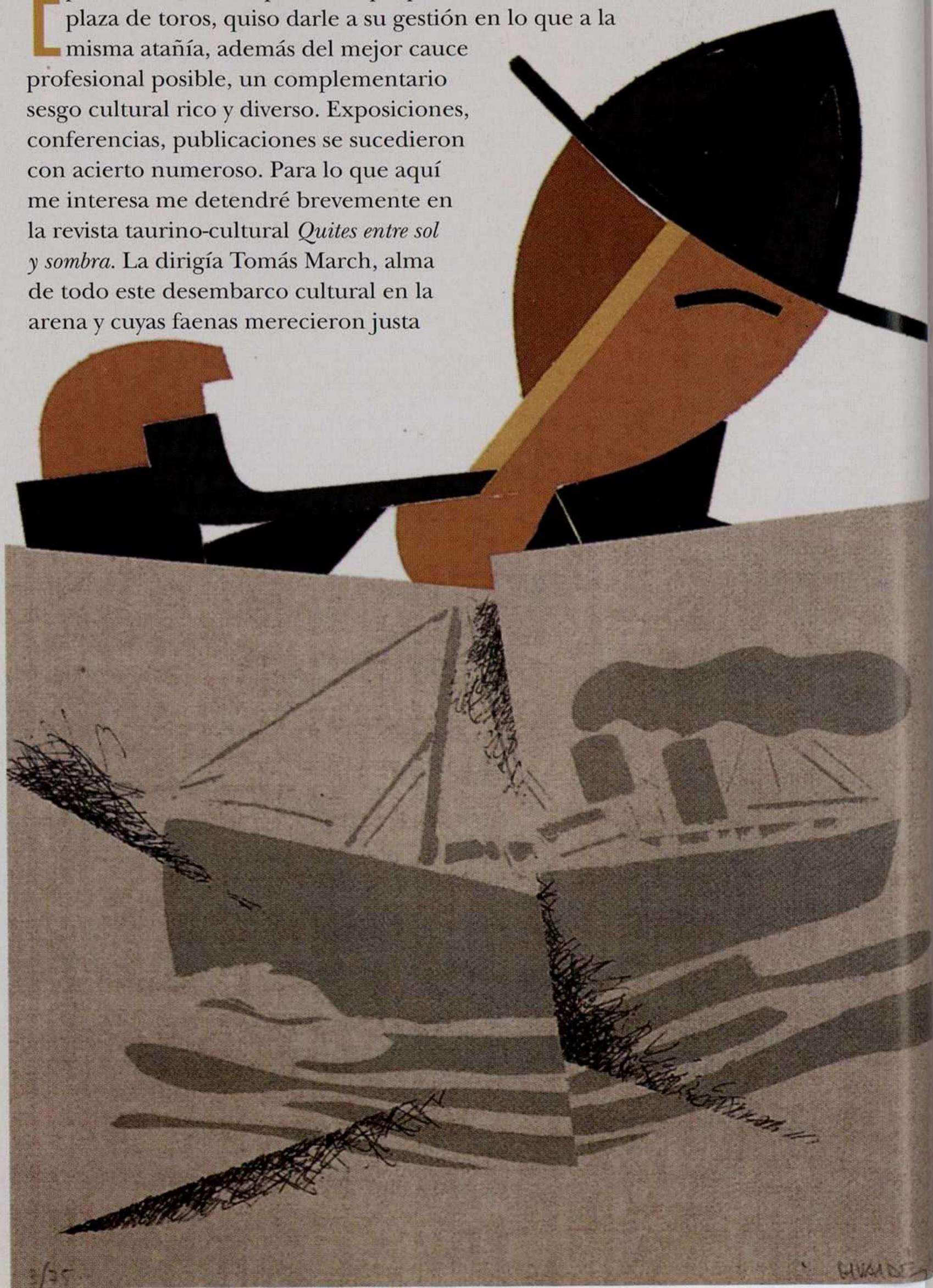
ELENA MEDEL

JOSÉ ANTONIO MESA TORÉ

## El segundo nacimiento de Carlos Marzal

Francisco Brines

EN AQUELLA Valencia de los ochenta Antonio Asunción, presidente de la Diputación, propietaria secular de la plaza de toros, quiso darle a su gestión en lo que a la misma atañía, además del mejor cauce profesional posible, un complementario sesgo cultural rico y diverso. Exposiciones, conferencias, publicaciones se sucedieron con acierto numeroso. Para lo que aquí me interesa me detendré brevemente en la revista taurino-cultural *Quites entre sol y sombra*. La dirigía Tomás March, alma de todo este desembarco cultural en la arena y cuyas faenas merecieron justa



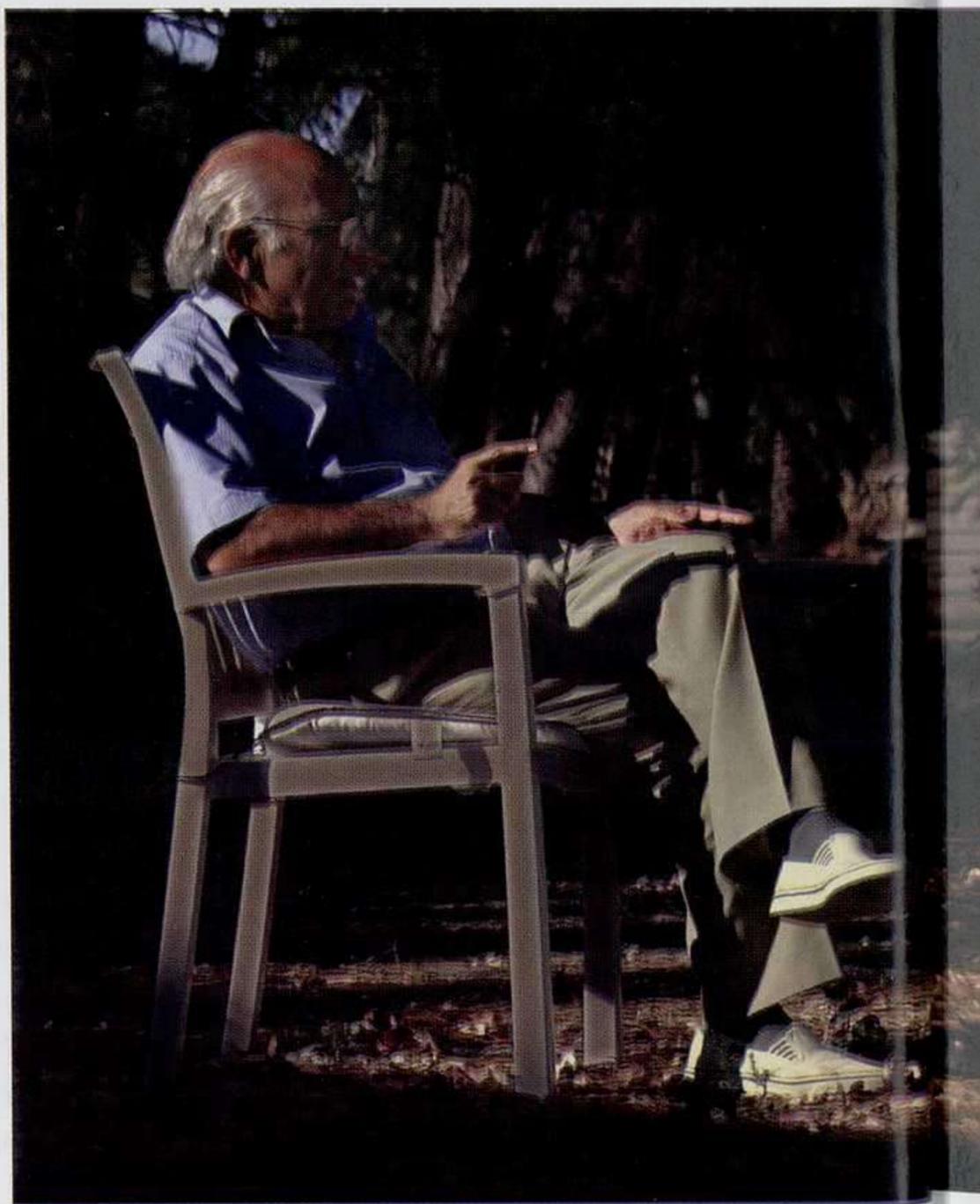
celebración. Era éste, hoy prestigioso galerista de arte, un dotadísimo gestor cultural, que picoteaba con acierto y sorpresa en los lugares más diversos, y con un seductor halo lúdico. Así ocurría con su bar Malvarrosa, cultivado y bohemio, que regentaba con Salomé, su bellísima mujer, en una céntrica calle oscura de Valencia, en donde se hacían lecturas de poesía, se editaban colecciones y revistas, se presentaban exposiciones, y las tertulias juveniles de una bohemia culta y desenfadada tomaban en él asiento. De allí surgió también una sorprendente y sería revistas *Letras*, por desgracia de breve existencia. *Qutes* fue una revista literaria de toros, en la que colaboraron escritores, pintores y algunos maestros toreros. La ilustración de la portada de sus nueve números, que abarcarían los años ochenta, llegaba anualmente firmada por Ramón Gaya, y las muestras de numerosos y variados ilustradores representaban una ruptura de la convencional plástica taurina. Con el joven director coordinaban la revista dos jovencísimos escritores más. Así es como conocí a Carlos Marzal, uno de ellos, a la sazón con veinte años, de cadencia silenciosa, con un suave aire melancólico y una grata y sobria cordialidad. Así lo recuerdo entonces.

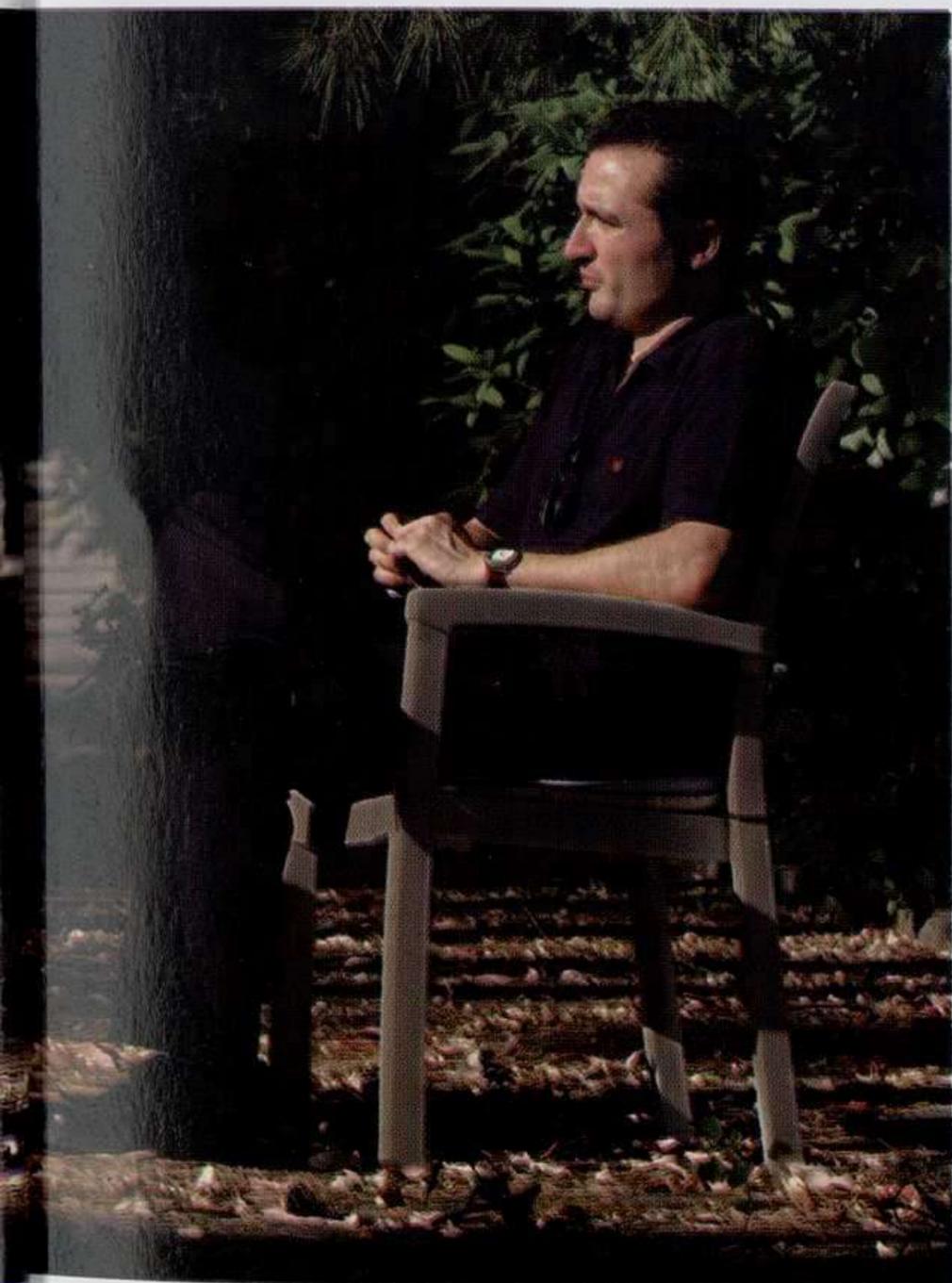
Es ahora moda entre algunos jóvenes llevar rapada enteramente la cabeza, y no hay más que ver las numerosas que así lucen, y con diversidad de razas, en los campos deportivos. Alarmaban mucho entonces y no por lo que se podría suponer, pues no eran propias todavía de ciertas violentas y desgraciadas tribus urbanas. Mi curiosidad y extrañeza de ver a Carlos de este modo fue tristemente satisfecha con la inesperada respuesta de que sufría una enfermedad entonces mítica y que aún lo sigue siendo. Para combatirla estaba recibiendo un tratamiento intensivo de quimioterapia. Recuerdo que en cierta ocasión andábamos camino del Malvarrosa un pequeño grupo y delante iba Carlos con otro amigo. Al verle con aparente buen aspecto y animado le pregunté a mi acompañante si sabía como se encontraba, ya que entonces yo tenía pocas oportunidades de tratarle. Me respondió que su estado era trágico, pues le habían dicho que apenas si le quedaban seis meses de vida. Nunca he podido olvidar el lugar ni el momento. Si hago mención de todo esto, ahora que por fortuna la tormenta se ha alejado definitivamente, es para argumentar lo que en su momento aventuraré.

Sabía que, como tantos otros muchos, escribía, pero desconocía cualquier poema suyo. Mi encuentro con el escritor tuvo lugar sorprendentemente en el tercer número de *Qutes*, en un brevísimo prólogo que iniciaba la revista y que apenas si ocupaba una página. Es más fácil percibir la calidad de un joven escritor por el feliz resul-

tado de un poema que por la escasa muestra de una prosa, y sin embargo, ante *la* lectura de aquel brevísimo texto, quedé de inmediato persuadido de encontrarme ante un escritor de raza y ya realizado. Fue, por lo inesperado, como un deslumbramiento.

Conocí después al poeta cuando dejó en mis manos el manuscrito del que sería su primer libro. Pidió mi opinión y se la hice llegar desde la grata impresión recibida. Creo recordar que había en el libro textos poéticos en prosa que acompañaban a los de verso, y quedaron excluidos en la publicación. No le importaba recabar las opiniones de unos pocos amigos y acomodar el resultado final a esos comentarios si, argumentados, le persuadían. El libro, titulado *El último de la fiesta*, le instalaba con personalidad y firmeza en la primera fila de la tendencia más vigorosa de la poesía joven de entonces. Se percibía el magisterio de un poeta que sólo había ejercido como tal intermitentemente con anterioridad, y pienso en Moreno Villa o en Gil de Biedma. En su segundo libro *La vida de frontera* le dedicaría un poema, *Media verónica para Manuel Machado*. Más afín las del sevillano a las de su paisano Pepe Luis Vázquez; las de Carlos, paulina en ese texto, mas casi siempre con un regusto Belmontino. Y con esta analogía taurina y visual hago referencia a ese subrayado instantáneo, más intenso, de un aliento dramático que se encuentra en estos versos. Las fiestas carnavalescas se acompañan de la simulación acentuada y enmascaradora de



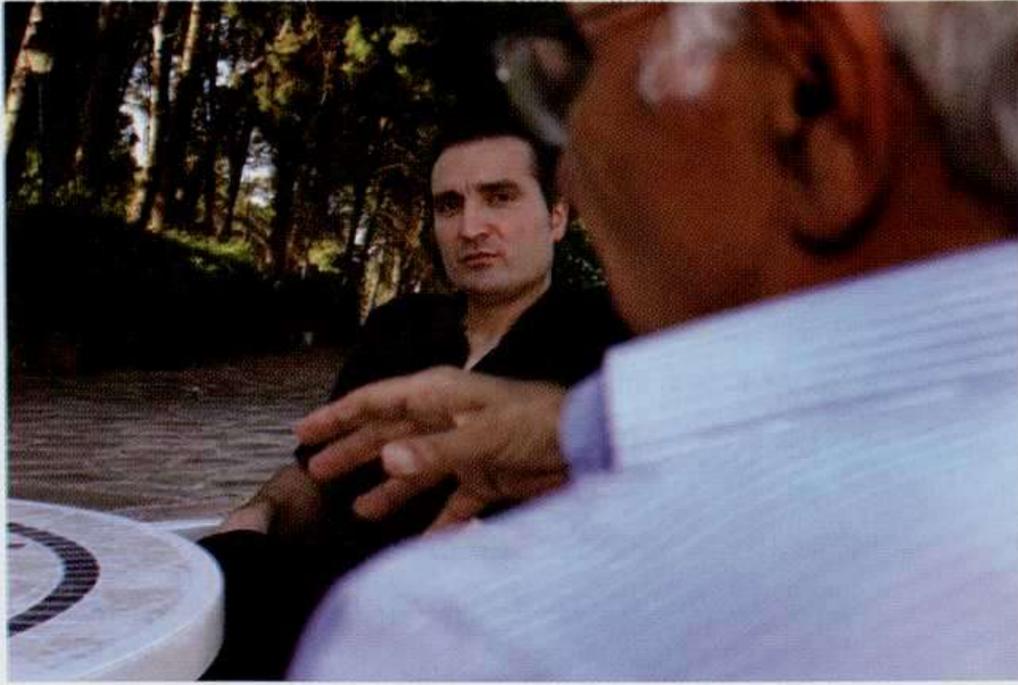


Francisco Brines y Carlos Marzal

las caretas, pero cuando desde el fondo de ellas se nos habla se puede en ocasiones percibir una voz, distorsionada o no, que nos hace llegar en las palabras surgidas la revelación de una verdad experiencial, reflexiva y desnuda. Esto se acentúa en *La vida de frontera*, un libro muy sólido y que cierra, con *Los países nocturnos*, esta primera etapa poética, advenida siempre en tramos ascendentes.

El poeta ha ido despojando de su rostro la máscara y el que se nos aparece en los versos es de una verdad y una riqueza siempre crecientes, no sólo en la complejidad y precisión de la expresión sino en el riquísimo y hondo mundo que allí se nos desvela, en el que el desconcierto de la existencia se nos muestra, a la vez que con una delgada sutileza llena de claridades, con la rotundidad de lo vivido desde la experiencia más alerta y viva. Pocas veces se ha cantado, como en *Metales pesados*, sobre el sinsentido de la vida, tan pródiga de intensidades (no importa de qué signo) sin finalidad. Poeta de un pensamiento profundo, y que lo es así porque está fundamentado precisamente, como ya se dijo, en el conocimiento directo de cuanto se ha vivido con tanta intensidad, y en el por un igual se han tocado con hondura el dolor y la alegría.

Pasado el tiempo, y como adelanté, aquella dolencia fue absolutamente anulada y con el alta recibida en su carne (y el espíritu habita en la carne) se ha originado en Marzal, si atendemos a la inflexión ocurrida en su poesía, un segundo nacimiento. Ahí están su magistral *Metales pesados* y *Fuera de mí*. Como imaginara en la Capilla Sixtina Miguel Ángel la creación de Adán, ya hombre colmado de razón y de vigor corporal y también (quisiéramos pensar) con la mirada intensa y apasionada que se origina en la inocencia. El alza-



miento entusiasta se nos hace presencia, ya absoluta, en *Fuera de mí*. Desvanecido el niño, y con él los entusiasmos de la primera inocencia, vuelve ahora de nuevo la afirmación incondicional a la vida, aunque en el largo intervalo sucedido se haya aprendido (y es un hondo saber) que ese todo que se abraza es también nada. Hay una mirada de salvación allí, donde nada se salva.

El nuevo Adán experimenta, desde sus ojos (y desde todos los sentidos), el pasmo de la existencia, que es a la vez delirio que quiere ser razonado y servidumbre dolorosa (se advierte esto aún en *Metales pesados*) por la incompreensión de lo que existe y por lo que habrá de suceder inevitablemente. Hay como una necesidad de devorar el mundo, «nuestro prodigioso mundo vano», haciéndose alimento en él, y es posible que de ese modo por sentirse efímero. Junto a esta segunda inocencia se ha encarnado, hija de su carne otra inocencia niña en la que se refleja la suya desvanecida y que ahora experimenta, de alguna manera, reencarnada. Ha amanecido de nuevo el día y hay el júbilo que envuelve la existencia, destruida la noche. Sabe también que la luz se contempla desde la ignorancia, y aunque todo desemboque en otra extensa noche, hay que afirmar la vida desde el instinto de ser y desde su mismo desconocimiento. Se celebra así «el pasmo de estar siendo», pues en la alegría reside la más honda sabiduría.

Son grandes la facundia expresiva y la fertilidad de pensamiento, y su instalación y descubrimiento se nos da en la poesía. Para Carlos Marzal la más alta vida se da en la palabra. Esta obra vuela con amplia majestuosidad. Reflexión, sentimiento y sensorialidad son los tres lados esplendentes del triángulo Isósceles con el que se podría esquematizar dibujada esta poesía. El ojo que en él se centra es el que mira desde la plenitud entusiasmada del existir.

## Que veinte años no es nada

Vicente Gallego

ILUSTRA Gabi Alonso



2003

**C**ONOCÍ a Carlos Marzal en 1995, hace ahora exactamente veinte años. *Que veinte años no es nada*, nos asegura un famoso tango, pero lo cierto es que en esas dos décadas, que parecen haber pasado en un abrir y cerrar de ojos, va ya ganada y perdida nuestra juventud entera. Fue Paco Brines el primero en hablarme de un tal Carlos Marzal: poeta prometedor y gran persona, me anunció; y no hube de esperar mucho para conocerlo. Sucedió durante la presentación de los dos primeros números de la *La pluma del águila*, una colección de cuadernos poéticos que dirigíamos Juan Pablo Zapater y yo. Aquella tarde, debidamente presentados por Paco, quedamos en vernos otro día. Con unos cuantos quilos más encima, era entonces Carlos un chicarrón de aspecto vigoroso, vestido de modo informal, parco en palabras y largo en pudorosa cordialidad, dueño de una mata de pelo cuyo volumen y acabado de rizo hubieran sido la envidia de cualquiera de las divas afro que estaban inventándose por aquellos años la música disco. Carlos no había publicado nada aún, pero ya sabía que su primer libro, *El último de la fiesta*, vería la luz en la editorial Renacimiento. También yo, aunque

hubiera dado a conocer una breve plaquette con diez o doce poemas, era un poeta desconocido. Recuerdo que, en aquella primera ocasión, hablamos de un libro sorprendente y hermoso que los dos habíamos leído, *Europa*, de Julio Martínez Mesanza.

Aquella primera tarde, el que iba a ser mi hermano estaba sentado allí, delante de mis ojos, y no supe verlo en aquel instante, porque en la vida, demasiado a menudo, no somos capaces de ver un palmo más allá de nuestras narices. Me pareció Carlos un tipo tan educado, tan comedido, que lo que debió de ser una mezcla de timidez y delicadeza lo tomé por frialdad. Había en él un fondo grave que no se correspondía con el vuelo liviano que le hubiera correspondido por la venia de sus pocos años. Yo entonces no lo sabía, pero Carlos llevaba marcada a fuego la huella de los que han bailado bien trabados con la Parca. Muy temprano le tocó danzar la mazurca del extravío, muy pronto se vio obligado a descorrer la cortina y mirar de frente la extensión esteparia, la sencilla verdad, la almendra amarga. Pero quiso la dueña pasar de

largo y, a cambio del estrago del alma, tengo para mí que le otorgó una calidad de percepción que lo ha convertido en el poeta que es, uno de los pocos, de los muy pocos, de los poquísimos. En los poemas de Carlos se cuele la muerte por todas partes, florece el desafuero y campan a sus anchas los más fieros dragones de la conciencia y, sin embargo, con sus poemas sucede lo mismo que con sus ojos, los dos nos miran desde el borde del abismo, celebrando el vértigo y la altura, cantando un himno a contramano, firmes en su propósito de alegría.

*Que Veinte años no es nada*, pero durante estas dos últimas décadas Carlos y yo hemos andado juntos tantos caminos, tantas veces hemos salido manteados de las peores posadas, cargamos contra tantos molinos y aun logramos salir con bien de tanta empresa compartida, que se me hace difícil discernir entre sus intereses y los míos. Allá por el año ochenta y ocho tuvimos la bizarra idea de organizar un congreso de poesía en nuestra ciudad, y enrolamos a Juan Pablo Zapater y a José Miguel Arnal en la travesura. Créanme, reunir en un punto concreto del tiempo y del espacio a un centenar de poetas y tenerlos razonablemente contentos durante cuatro días es una experiencia límite para el aventurado reunidor, así que aquello fue como hacer juntos la guerra de las Galias. El joven reservado de nuestra primera cita se había transformado ya en el Carlos que hoy conozco, un superviviente a toda costa, un gozador irreductible, un milagro de adaptación a la vida. No habrá quien afirme haber visto flaquear al centurión Marzal, por mal que se pusiera la batalla. Lo recuerdo entre la humareda y las luces estroboscópicas de las grutas nocturnas más infectas, rodeado de zombis y mortificado por los tambores metálicos del Apocalipsis, llorando de agradecimiento, y nunca parecía pronto para batirse en retirada. Carlos se encuentra a su sabor allá donde se encuentre; desde luego, tiene sus preferencias, pero sus preferencias son tan generosas que abarcan la casi totalidad de la creación, lo cual le permite conservar el humor y la curiosidad en cualquier circunstancia, tanto si la corriente lo lleva a la alcoba de la princesa como si le toca digerir la charla hueca de cualquier concejal o presidente de caja de ahorros, porque no encontraréis pesado tan grande que no encierre algún atractivo para él, aunque sólo sea el de poder añadirlo a su registro

particular de monstruos entrañables. Como los verdaderos discípulos de Lao Tze y Chuang Tzu, Carlos no sabe que él mismo es un sabio taoísta y, sin embargo, ha aprendido a inclinarse como una espiga con el viento, y el más fuerte de los vendavales pasa de largo sin quebrarle la cintura. Es hermoso verlo en plena danza con el mundo, que es hoy el que lo solicita como pareja de baile, feliz de haber nacido y feliz de haber dado la vida.

Carlos es el eterno hambriento, el insaciable de más gozo, más conocimiento, más palo y más de lo que venga. Lo dejó escrito en un poema memorable: si se le ofreciera volver, hasta en forma de perro volvería. Después, alguno ha afirmado que sus versos son nihilistas. Y eso es lo que tiene la poesía, que casi todo el mundo la ve desde sus anteojeras; sin embargo, milagrosamente —porque el consenso en lo tocante al arte siempre tiene algo de milagro, por grandes que sean los méritos— la mayoría coincidió en señalarlo como uno de nuestros poetas imprescindibles mucho antes de que los premios vinieran a subrayar lo evidente. Pero para Carlos el único premio verdadero es la vida misma —ese inabarcable bazar cargado con todas las maravillas—; y la literatura, que logra presentarnos ese tenderete un punto más misterioso y fascinante de lo que ya lo es por naturaleza. Por eso, mientras andaba escribiendo sus libros de versos, su primera y quinta novela —como la ha bautizado Felipe Benítez debido a su monstruosa extensión—, su diario peruano —otras buenas resma de papel—, y sus prosas semanales como columnista alquiladizo, Carlos aún

ha tenido tiempo de disfrazarse de jokey, ciclista, expedicionario, maratoniano, futbolista, experto en bonsáis y animador taurino. Alguno pensará que estoy de broma; sin embargo, digo casi toda verdad, porque aún me dejó unas cuantas sorpresas en el tintero por respetar la convención literaria de la verosimilitud. Lo curioso es que luego se entretiene asegurándose que soy yo el que tengo una biografía digna de cualquier cuentista americano adscrito al *realismo sucio*. En la época en que escribo estas palabras, diciembre del 2004, cualquiera podía encontrarlo pululando por las piscinas cubiertas de Valencia, porque ahora le ha dado por la natación, y a fe mía que si no lo remedia antes un repentino encoñamiento con cualquier otra disciplina, terminará en anfibio a no tardar. Yo sospecho que más que la natación le gustan las sirenas, y más aún que las sirenas, disfrazarse, el juego, tener todo el equipo, ya sea el de jinete, el de explorador o el de ciclista, por un aire que aún le queda del niño apasionado que a buen seguro debió de ser. Una vez se me cruzó por delante montado en su bici futurista y no supe reconocerlo hasta que habló, embutido en licra de psicodélica policromía como se me presentaba, cargado



con las gafas de Polifemo y exhibiendo una escrupulosamente depilada pantorrilla que no parecía de varón.

Porque ama a muerte la vida, Carlos gusta como nadie que yo haya conocido de todas las cosas y actividades que el mundo sitúa en su radio de acción; en su vocabulario, desde luego, no figura la palabra «no» cuando se trata de ejercer como piloto de pruebas. Carlos come de todo y bien a gusto, porque nadie le cuente el sabor de los frutos terrenales. Tampoco como escritor ha transigido en estarse quieto un solo instante, y así su obra poética se ha ido convirtiendo en otro circuito donde ensayar curvas imposibles y vueltas de campana, que siempre terminan por dejarlo en su mejor lugar, en su meta mejor, porque todavía no ha dejado de crecer con cada uno de sus libros, casi con cada uno de sus poemas. De él he aprendido muchas cosas, y le debo otras tantas pero, entre todas, no hay ninguna tan querida para mí como su risa, ese chorro cristalino de agua franca y vivificadora que se ofrece en comunión y que es acción pura de gracias. Si Carlos no hubiera sido el poetón que es, estoy seguro de que hubiera podido ganarse la vida estupendamente como humorista. Juntos nos hemos quebrantado los abdominales y el maxilar a fuerza de recia carcajada por las tierras de España y parte del extranjero. Alguien que sabe reírse de todo y de sí mismo como lo hace Carlos, alguien que sabe reírse de esa manera es trigo limpio, y su compañía es de verdad.

*Que veinte años no es nada*, pero cuántas noches locas de congreso y de jornada poética caben en ese tiempo, cuántas veces el alba nos sorprendió en la flor de la ebriedad, abrazados, a Carlos a Felipe Benítez y a mí, felices como monos por el sólo motivo de estar juntos, en el camino aún, mirando con amor y confianza la larga carretera fría. Y qué hubiéramos hecho sin su proverbial sentido de la orientación en esa hora desconcertante de la primera luz, cómo hubiéramos vuelto a unos hoteles que parecían siempre el mismo y siempre lejos de nosotros. Esa es su hora, la del tercer oleaje, la del fin de la noche largamente bebida, allí se crece mi compadre en santo ingenio y hay que verlo vendarnos las heridas por la fuerza contagiosa de la risa. Carlos Marzal, en cuanto se toma dos copas, se convierte en Perro Loco, su apodo bélico: un individuo que afirma disponer de una ventana mística a través de la cual es capaz de vislumbrar el pensamiento de las desconocidas y, como complemento, maneja también lo que denomina el oído sideral, una técnica que le permite asistir, desde distancias sorprendentes, a las conversaciones que tienen lugar en los lavabos de señoras. Y si humanamente está en el secreto, también sus versos han llegado al fin de la noche, y allí se han puesto a cantar frente a la calavera rosa de la luz, la que no nos engaña. Y ese canto se afina, se llana de arabescos y se hace trino alado en sus

últimos libros, los que buscan decir desde el más alto lugar la palabra oscuramente iluminadora. Si uno pudiera elegir los poemas que escribe, en lugar de conformarse con ser elegido por ellos, yo me quedaría con unos cuantos de Carlos Marzal para ponerlos a la vera de los de mis más queridos maestros.

Quiero evocarlo ahora en casa de Miguel Ángel Velasco, nuestro gran maestro de ceremonias químicas, los tres bien aupados en la mejor camaradería, cuando la aurora nos sorprendió hasta arriba de ácido lisérgico y el amanecer fue un estallido interminable de mieles heladoras y de metales blandos. «*Esto es el oreo, el oreo cósmico*», repetía Carlitos mientras se cimbreaba como un junco, temblando de los pies a la cabeza de puro gozo, confiado a una brisa que era seda y perdón. Sonó en el reproductor de cedés la «*Cancó per a una bona mort*» de María del Mar Bonet, y ese vidrio heridor que manaba limpio de su garganta nos arrancó las lágrimas a los tres amigos. Tres hombres hechos y derechos llorando a moco tendido de pura felicidad. «*Esto es el llanto de las doncellas ultrajadas*» declaró Carlos, y las lágrimas dieron de nuevo en farra grande, que no hay como revolcarse por la madre tierra enhebrado en la acupuntura milagrosa de la carcajada. Ese amanecer en tan cierta compañía ya no nos lo quita nadie a ninguno de los tres, aunque luego la canción se equivoque en sus augurios y la muerte nos venga atravesada y mala.

Gracias, gracias. Sé que te dejo en tu centro, en tu edad y en tu alegría, hermano; y tú sabrás como nadie gozar de la bonanza, corazón siempre perplejo y siempre firme, cantando tu canción enamorada.



Carlos Marzal y Viente Gallego en el barrio bonaerense de La Boca

# Obediencia de vida

Luis García Montero

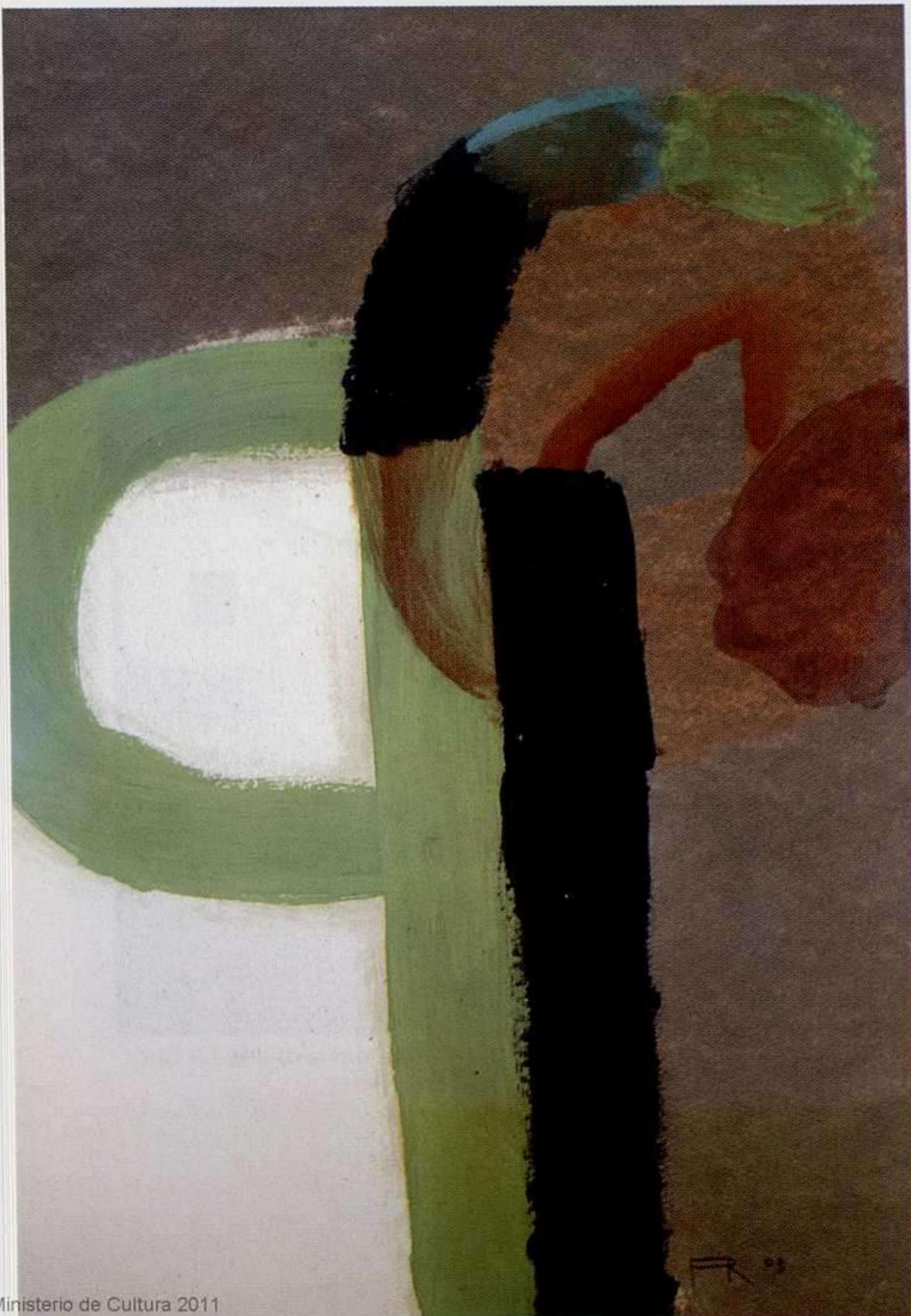
ILUSTRACIÓN Fernando de la Rosa

**C**ONOCÍ a Carlos Marzal en 1985, cuando apareció con Felipe Benítez Reyes en el homenaje al grupo literario del 50, *Palabras para un tiempo de silencio*, que organizó la revista *Olvidos de Granada*. Aún no había publicado su primer libro, *El último de la fiesta*, pero la lectura de algunos poemas, los amigos compartidos y las conversaciones sobre los desvelos y las enfermedades de la lírica, me hicieron reconocer de forma inmediata una voz admirable, compañera de viaje, junto a la que podía sentirme poeta a salvo de cualquier afectación, sin la necesidad de representar ninguna de esas convenciones gremiales que impiden la confianza y la naturalidad. Una amistad es una amistad

y sus circunstancias. Los poetas de una misma edad suelen hacerse amigos; por lo menos los poetas que no han perdido el tiempo intentando constituirse en generación, es decir, los poetas que no sacrifican su capacidad de admiración a las urgencias de la actualidad literaria, negando a los mayores, compitiendo con los compañeros por las primacías de las musas y despreciando a los jóvenes, que siempre acaban por llegar como una mala noticia, síntoma afortunado de que el mundo y la historia no se acaban en el ombligo de nadie. Los poetas del 50, más o menos políticos, se hicieron amigos en los huecos que dejaba la dictadura, más allá de las costumbres clericales y de los ritos acartonados de la cultura oficial. La felicidad clandestina fue la circunstancia de su amistad.

Mis amistades literarias nacieron en la circunstancia de una

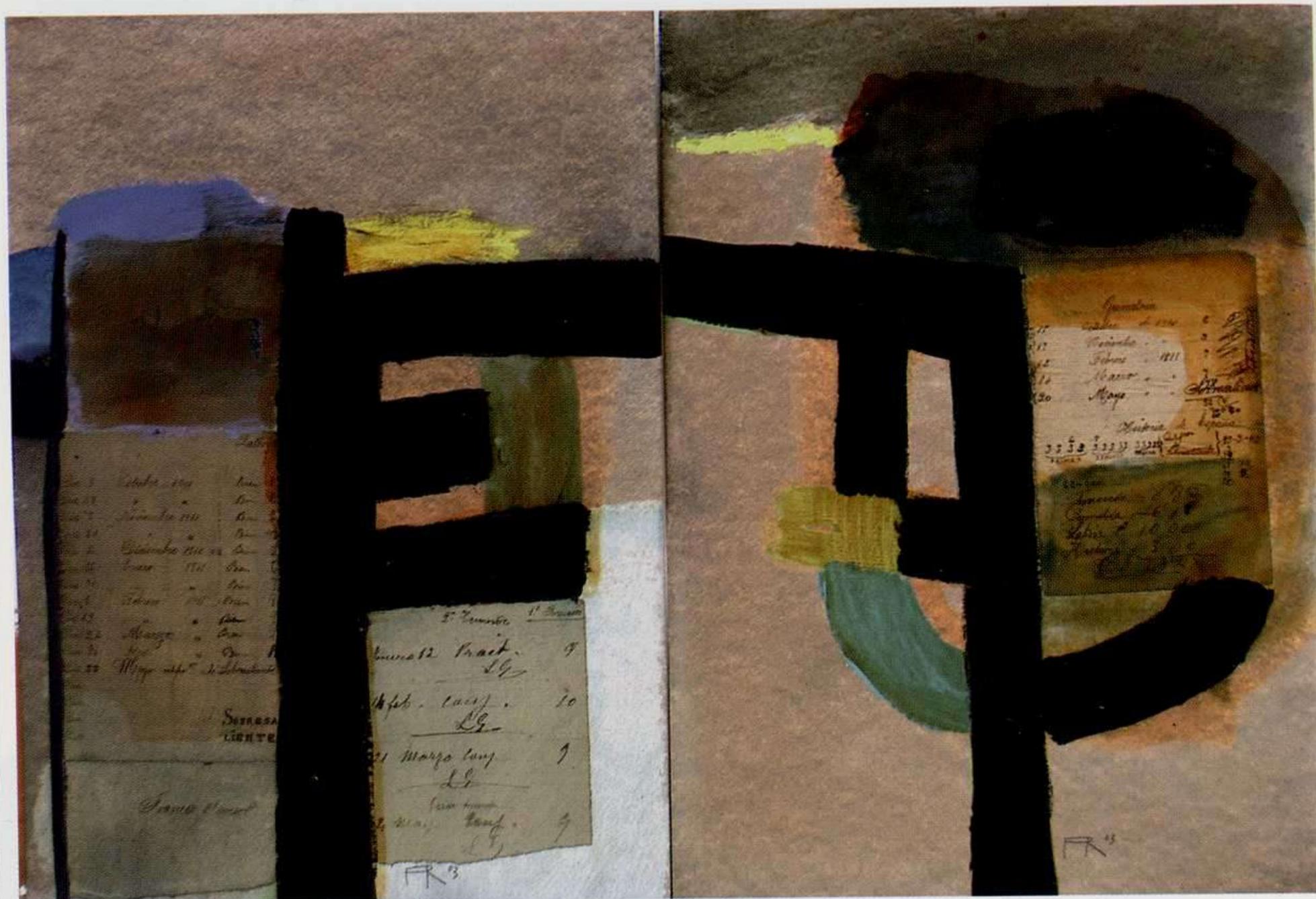
*Papeles con gesto negro, 2003*



libertad orgullosa, recién recuperada, impertinente hasta la temeridad, sin miedos, como si hubiésemos tardado en comprender que la democracia tiene también sus aristas y sus exigencias de clandestinidad. Mis primeras amistades literarias granadinas (Juan Carlos Rodríguez, Javier Egea, Ángeles Mora, Álvaro Salvador, Antonio Jiménez Millán) fundaron su identidad en la camaradería de una lucha ideológica que ante todo quería huir de los dogmas represivos y de los malos poetas, ya fuesen panfletarios o culturalistas. Mis amistades posteriores fueron una extensión de la misma necesidad libre de vivir y de sentirme poeta, de admirar y de mezclar las admiraciones con la confianza. Uno tarda también en comprender el privilegio que supone esta mezcla extrañísima de la admiración y la amistad, este poder compartir una o mil copas, una o mil aventuras, una o mil noches de discoteca, uno o mil libros, uno o mil fracasos, una o mil alegrías, entre amigos poetas, habitando las mesas y las páginas con una naturalidad familiar, sólo manchada transitoria y superficialmente por enfados menores, propios o ajenos.

Carlos Marzal es de los poetas que más quiero y que más admiro. Un encuentro con él es siempre como llegar a casa, cerrar la puerta, quitarme el abrigo y sentirme cómodo entre los míos. Sin dogmas escolares, con claridad de ideas, ajeno a las envidias, leal con los amigos, respetuoso en el trato con el mundo, decente por puro instinto de hombre de bien, dueño de un mundo lírico propio, de metal pesado, conozco pocas personas como Carlos, iluminado por la capacidad para ser feliz y para compartir la felicidad con los demás, sin que sus alegrías signifiquen cerrar los ojos a las sombras o consolarse con las blanduras más cúrsiles del corazón. Se trata de recibir con perplejidad la vida y de hacerse persona, sacándole el mejor partido a una existencia mortal, que es como es, como resulta, ni más ni menos. El ejemplo y la obra de Francisco Brines habían supuesto una buena lección.

Los poetas que empezamos a publicar en los años 80, somos hijos rezagados de la dictadura franquista, pero escritores de la democracia. Los detalles de nuestras afinidades literarias deben mucho a la democracia, no sólo por la primera exaltación de la libertad confiada, sino por los numerosos encuentros, congresos, homenajes, cursos de verano, lecturas públicas y viajes que se pusieron de moda como signos inagotables de una cultura nacional que necesitaba afirmarse contra el peso de las desidias anteriores. Comparándolo con otras épocas, resulta extraño que jovencísimos poetas tuviesen la oportunidad, entre recitales y cenas, de hacerse amigos íntimos de autores consagrados. Porque la intimidad sustituyó con mucha frecuencia a las relaciones convencionales de un gremio dado al trato ceremonioso o a los odios salvajes. Extraña fortuna la de haber roto las fronteras tajantes de las generaciones, admirando desde el principio con osadía y aprendiendo a beber, entre compañeros que se llamaban Rafael



Papeles con gesto negro, 2003

Alberti, Ángel González, Jaime Gil de Biedma, José Manuel Caballero Bonald, Claudio Rodríguez o Francisco Brines.

Hay un poema de Carlos, «Ninguno parecía tener miedo», perteneciente a *La vida de frontera*, que me devuelve con lealtad vital a las noches de plenitud, a algunos de esos momentos en los que la realidad coincide con el deseo, y uno apura la existencia firmando un pacto definitivo entre el ser y el estar. No me resisto a copiar aquí el poema:

**En virtud de este invierno prolongado,  
y en virtud de que el sueño  
es una apuesta que hoy no quiero consentirme,  
deseo que una escena muy grata de la vida  
vuelva hasta mí violenta, y que nombrarla  
sea un feliz presagio en los días futuros.**

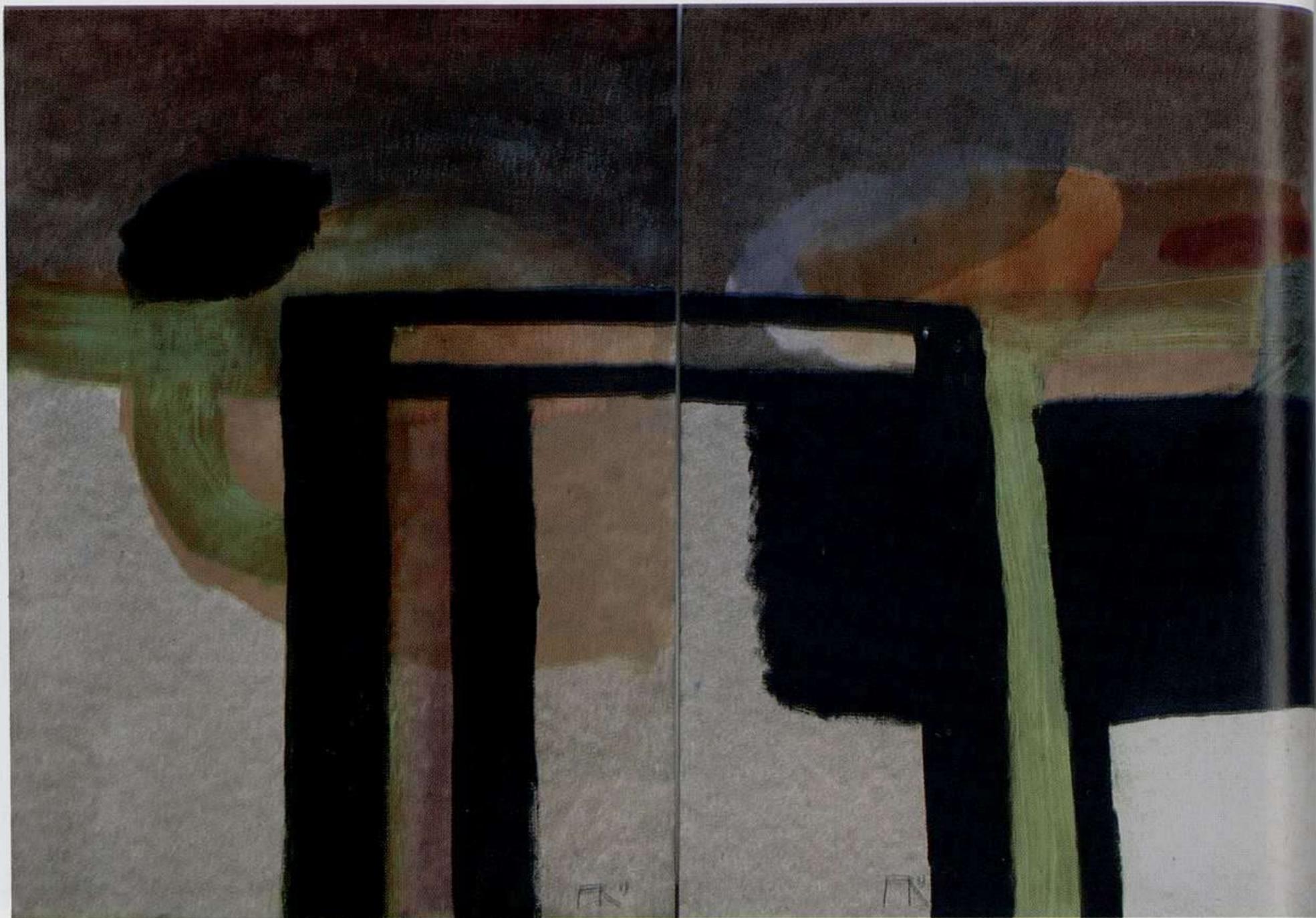
**Su marco es una noche del verano  
(un verano tenaz y una excesiva noche).  
El automóvil acomete un camino imposible.  
La luz repite los árboles; y los árboles, sombras  
que repiten indescifrables juegos de la luz.**

**Una canción cualquiera apaga nuestras voces.  
El aire caluroso hostiga el rostro.  
Y el estudiado hacinamiento de parejas  
es otra circunstancia de la escena.**

**De repente aumenta el griterío, y la música aumenta,  
al tiempo que el motor acrecienta su furia.  
La noche aún es más rápida, y el mar,  
que era un presentimiento unos segundos antes,  
se extiende altivo en la distancia oscura.  
Me abrazo al cuerpo que se sienta a mi lado,  
y divido la noche con un beso.  
Y antes de separarnos, me sonrío  
con aire de revancha contra el tiempo,  
contento de saber que nos observa.**

**Más tarde el coche acelera otra vez.  
La noche es ya un clamor.  
Y ninguno de nosotros parece tener miedo.**

Recuerdo a Carlos, nos recuerdo a todos, a Felipe, a Vicente, a Jon, a Pere, en Granada o en Valencia, en Lérida o en Almería, en Barcelona o en Madrid, en El Escorial o en Santander, o en Málaga, o haciendo cola en el minibar de una habitación invadida. A veces, a la mañana siguiente, después de la exaltación, con dolor de ojos y de alma, había que acudir a la cita académica, a la lectura madrugadora. La luz del día siguiente es peligrosa, malhumorada, porque casi nada resulta igual. Las bellezas, los cuerpos, las conquistas, las conversaciones, los aplausos, el acohol, las metáforas, resisten mal el despertar. Todo es más feo, menos mágico que el paso meteórico del entusiasmo en la noche cumplida. Lo extraño es que nunca haya tenido esa sensación con los poemas de mis amigos, con los poemas de Carlos, sintiéndome confiado en su valía y en su calidad, emocionándome con ellos, vencedores en la prueba de la mañana siguiente, o de los años siguientes. Otro poema de Carlos, «Relato del viajero ocasional», recogido en *Los países nocturnos*, ofrece una versión más deprimente de los compromisos literarios. Cuando no se cuenta con la complicidad de los amigos, los aeropuertos, los hoteles, los taxis, las citas, se convierten en un «derrumbadero de las almas», y uno se pregunta por las razones injustificables de la lejanía. ¿Qué hago yo aquí?, y el interrogatorio deja la motivación geográfica para insistir en una inquietud personal. Mi amor por la literatura sería mucho más vulnerable, estaría mucho menos fundido con mi vida, si no hubiese tenido la suerte de viajar, discutir, emborracharme con gente admirable a la hora de ser leída. La poesía de Carlos está a salvo de los efectos del día siguiente.



*Papeles con gesto negro, 2003*

Según pasan los años, la poesía de Carlos Marzal acentúa su marcada apuesta por la vida, su tono celebratorio. Escribe, como «El corredor absorto» de *Metales pesados*, con un fervor íntimo que va definiendo la seriedad, la *solemnidad privada*, de sus poemas. Se trata de un ejercicio vital, de profundidad material y humana, con los misterios a flor de piel:

**Quienes somos inmunes a las supersticiones  
con que la religión funda sus dogmas,  
profesamos después en dogmas propios,  
fundados en caprichos y en la superstición.**

La dignidad moral del poeta es su único amparo, el lugar en el que se puede sentir a resguardo estando a la intemperie. La conciencia moral de Carlos está cada vez más unida a la respiración del mundo, a la maquinaria de la naturaleza, asumiendo una versión laica de la plenitud y la eternidad. Del mismo modo que los poetas cortesanos invirtieron el dogma clerical con la religión de amor, Carlos parece





## Carlos Marzal

**Manuel Borrás**

ILUSTRA Concha Prada

**C**UANDO uno es emplazado o se siente motu proprio estimulado a hablar de un amigo que además es un muy estimado poeta no se puede, por más afán que se ponga en ello, deslindar el ámbito de la amistad del de la poesía. Y al contrario de lo que piensa la mayoría, mejor así, pues que ambas son hijas de una misma cosa, nacen de un único sentimiento.

Tengo para mí que Carlos Marzal, incluso cuando no estamos de acuerdo en alguna cuestión vital o estética, es un interlocutor fiable. Con él no me hizo falta —ya en nuestro primer encuentro me apercibí de ello— ir delimitando un territorio propicio para una relación por venir, sino que simplemente había que dejar que transcurriese naturalmente. El amigo, aparte de ser el que nos protege de nosotros mismos, es aquel que se siente impelido, más allá de las discrepancias del momento, a serle leal, y tú, en consecuencia, a serlo a su vez. Ante



*Lentejas (Díptico I), 2002*

el amigo de veras uno no puede sustraerse a la única ley que mueve, administra y fortalece dicho afecto: la de la sinceridad. Espero dejar claro con esta digresión inicial que Carlos Marzal es un amigo del alma.

De ese alma que a mi juicio debe iluminar la verdadera poesía y de la que la poesía de Carlos Marzal anda, si no sobrada —el alma nunca está de sobra— sí colmada. La obra verdadera siempre debe ser generosa.

A otro gran amigo, poeta también y colega, Abelardo Linares, le debo haber podido leer por primera vez la poesía de Carlos Marzal al que, aun siendo paisano y casi vecino mío, no había tenido la oportunidad de conocer hasta que leí su primer libro publicado en la editorial Renacimiento de Sevilla, *El último de la fiesta*. En su lectura, al margen de las filiaciones que se le buscaban, por ejemplo, con la poesía de Manuel Machado o de Felipe Benítez Reyes, distinguí a un poeta de cuerpo entero en el que podía entrever un alma trágica por experiencia vivida. Y en el que destacaba ya con acento propio un escritor que iba sin duda a dar sorpresas en el futuro.

En la antología, publicada por otro muy querido amigo, Vicente

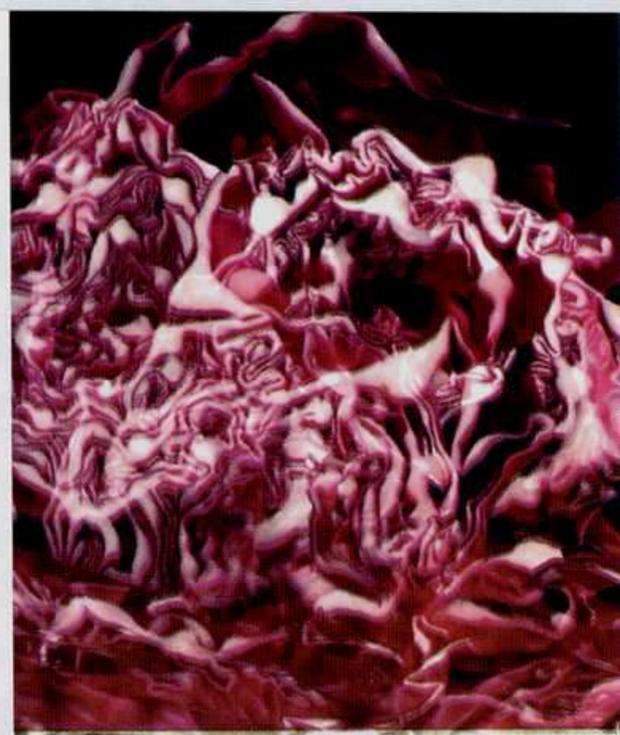
Gallego en su efímera colección de poesía de Mestral, y editada por José Luis García Martín, *La generación de los ochenta*, destacaba yo, con independencia de los poetas ya consagrados en aquel momento por la crítica, esencialmente a dos: a Carlos Marzal y a Álvaro García. Ambos han reforzado aquella intuición con sus respectivas trayectorias poéticas posteriores.

La poesía del valenciano ha tenido un desarrollo en verdad portentoso. En ella se ha sabido las más de las veces combinar de modo sutil y claro poesía y pensamiento. En una equilibrada combinación, además, en la que no ha solapado uno a la otra. En fin, es una poesía que no sólo bebe de la tradición poética española más fecunda del siglo XX, sino que también se ilumina desde los márgenes con unas lecturas e inquietudes filosóficas verdaderas. A menudo, dicho maridaje no se ha acabado de entender desde la perspectiva de tirios y troyanos, más por cuestiones extraliterarias o de banderías, que por distendida confirmación lectora, por justeza literaria. Los poemas se explican por sí solos y si algo necesitan es la complicidad del lector que se atreva o pueda hacerlos suyos.

La poesía de Marzal a partir de *Los países nocturnos*, antes que aferrarse a los hechos, se ve impelida a trascenderlos, a dejar de lado la biografía. En sus poemas prevalece la emoción sobre el intelecto, y acaban por volverse testigos también de nuestra experiencia. Cuando hablamos de un poeta, de un poeta de cuerpo entero, hablamos siempre de la poesía. Ésa es la única vía para rozar el centro vivo de su misterio. De ese misterio que lo único que nos revela es que en el fondo no hay ningún misterio. El mundo interior de Carlos Marzal es reflejo y resonancia de las cosas. En ni un sólo momento, aunque lleve su reflexión por derroteros puramente intelectuales, se enajena de ellas. Al revés, las incorpora como elementos vivos de un universo de interrelaciones más vasto que el que el propio poeta es capaz de fijar a través de sus palabras.

La poesía de Carlos Marzal parece decirnos que tan sólo la existencia y la capacidad que tenemos de decirla podrá darnos cuenta de nuestra posible transcendencia. En una apuesta que, dada la actual predisposición a la

distracción, a la abstracción gratuita, por el sólo hecho de prestarle oídos al mundo y decirlo tal cual el poeta lo ve, nos brinda de él una visión renovada. El peligro no está en el mundo. Es precisamente el ir extraviados por él lo que nos aleja del efecto rectificador y reparador que tiene la santa e inocente realidad. Y será entonces el poeta el responsable de saber encontrar la palabra exacta, justo la palabra «para el dolor del hombre» en un mundo que, como un palimpsesto, habrá que interpretar indefinidamente. Porque, en verdad, a lo mejor cuatro palabras tan sólo serán precisas para nombrar la vida —acaba por decirnos el poeta, siguiendo un juego de niños—. «El resto es lo



*Sopa de invierno, 2003*

que que queda cuando a la poesía / le hemos quitado lo que es la poesía.» Y querría subrayar que por eso su poesía ha abierto, a mi parecer, nuevas vías de expresión a una generación que parecía estar cayendo en tal solipsismo y tal autocomplacencia que hacía difícil cualquier desarrollo posterior más allá del muy limitado horizonte del yo.

Releer la poesía de Carlos Marzal, volver a ella ha supuesto para mí una oportunidad de renovar mi agradecimiento y celebración de la vida. De ahí que me haya sumado con mucho agrado a la invitación que me han cursado los amigos de la revista *Litoral*, faro indiscutible para aquellos que seguimos pensando que el arte, la poesía más allá de la actual ofensiva de ciertas supercherías idiotizantes, puede también justificar nuestra existencia.



*Sopa de caracoles, 2003*

## ¿Oscuro el borrador? Elogio de una mente clara

Antonio Cabrera

ILUSTRA Manuel Sáez



Webster, 1999-2000

**U**NA tarea que tonifica el espíritu de quien la lleva a cabo —si está cargada de sinceridad— es la de posar los ojos o el juicio sobre determinados objetos a fin de subrayarlos con la tinta de lo mejor. El realce en el que pasan a presentarse por efecto del foco admirativo no es que les dé más ser —aunque quizá así sea— sino que opera una alquimia gracias a la cual lo admirado entra en justificación y el admirador contacta con la justicia, vive la experiencia de ser justo. De modo que cuando admiramos se desencadena una transitividad beneficiosa tanto para el objeto como para el sujeto, y esto debería constituirse en razón suficiente que moviera a practicar el señalamiento de la bondad de algo.

Debe de haber en la etimología de la palabra *admirar* —aunque lo ignoro a ciencia cierta— alguna relación con la palabra *mirar*. Poner los ojos en los aspectos de lo real causantes de extrañeza, asombro, veneración, respeto o maravilla fue seguramente el significado primero que derivó después hacia el concepto actual, más amplio al incluir la consideración de lo psicológico, lo moral y lo productivo. Miramos con buenos ojos el mundo, su poliedro lleno de facetas fértiles, pero además somos

capaces de ensalzar temperamentos, acciones u obras que a nuestro parecer lo merezcan, que nos aparezcan a la mirada interior con los argumentos y las condiciones precisas. Pues bien, a mí se me impone como un ejemplo muy diáfano de esto último el caso del escritor —no diré únicamente poeta— Carlos Marzal, un artista fácil de admirar porque en él se mezclan, con rotundo contorno, personalidad, empeño y resultados creativos: sabiduría estética y arte sabio.

Ninguna ocasión más propicia que ésta para que intente concretar las razones de mi admiración por Marzal más allá de la formulación general que acabo de hacer. En pos de esa concreción debo advertir —como inicio y para ir despejando el campo— que entiendo posible la alta consideración de una obra literaria combinada con una menor estimación de la personalidad creadora que hay detrás. Las potencias de un autor a veces no llaman la atención en la misma medida que sus escritos efectivos. Una producción literaria puede cobrar forma sin que la dialéctica desencadenada entre el engranaje impulsor de la creación y los logros artísticos perceptibles se manifieste como balanza en equilibrio: a menudo una aptitud evidente, un potencial reconocido, no termina de dar muestras claras de su valor; y no resulta rara, por otra parte, la eclosión de obras llenas de intensidad y aciertos manando de fuentes que no mostraban signos capaces de augurar la riqueza del caudal finalmente brotado. Opino que Carlos Marzal, por el contrario, es una perfecta balanza horizontal. La gran cilindrada de su motor le ha permitido hacer largos y envidiables viajes, es decir, acumular una obra publicada —y otra aún inédita— donde se equilibran fuerza y conducción, lo que traducido a términos estéticos podemos llamar, en orden indistinto, inteligencia y belleza.

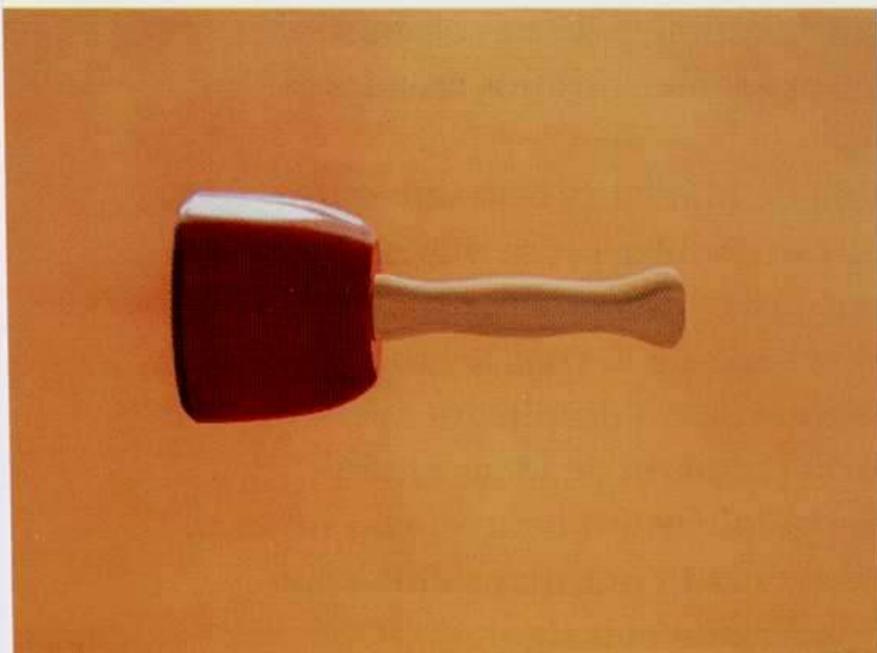
Mi propósito no es —por seguir con la metáfora— hablar de los viajes del pionero Marzal. No voy a analizar aquí este o aquel aspecto de su obra. Más que describir los lugares que visita, ahora me interesa saber qué vehículo lo lleva hasta ellos, indicar las características de la eficaz mecánica de su empuje, comprender el dinamismo de su tracción, alabar sus válvulas, intuir la física y la química de su combustión. Quiero señalar la fuerza motriz que activa los mecanismos creadores de un autor tan poderoso.

Cualquiera que se acerque a la poesía de Marzal (y esto vale también para sus todavía no completamente accesibles prosa diarística, aforismos, narrativa, conferencias y artículos) apreciará de inmediato una musculatura inusual, exclusiva, en el seno de la cual se entrelazan dos elementos de gran ductilidad y resistencia: un despliegue verbal que sabe hacerse necesario y la presencia palmaria de ideas entendidas como cristalizaciones claras pero complejas (ni ocurrencias ni conceptos abstrusos) de flujo mental alimentado por una sólida competencia intelectual y una sensibilidad trabajada con rigor.

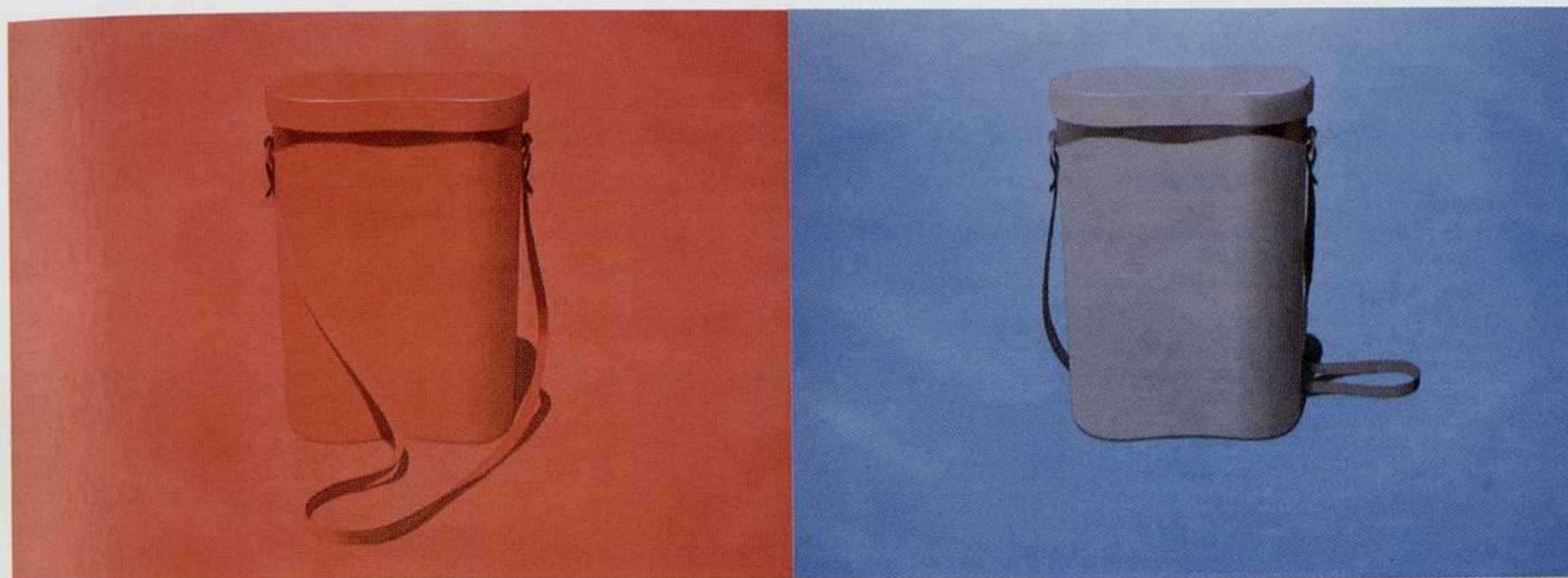
Dicha presencia de ideas tiene un carácter constante, e incurriría en interpretación superficial quien sostuviera que sólo a partir de *Los países nocturnos* los poemas de Marzal empiezan a contener pensamiento. La reflexión moral —cierto es que en calibres distintos— está presente tanto en *El último de la fiesta* (ya la hay desde su segundo poema, «Lo ajeno») como en *La vida de frontera*. Pocos poetas de su generación han experimentado un tránsito evolutivo tan coherente y personal, manteniendo firme la misma línea de tensión, el invariable sostén y el sabor de las ideas que en *Fuera de mí* —sin anularse— se abrazan al canto para dar lugar a una aleación de brillo completamente nuevo.

Pero, con ser ejemplar la evolución de su escritura, yo quiero llevar ahora el haz de luz de mi admiración hacia el aspecto que actúa como cimiento y condición de ella. A mi parecer, precisamente, tal cimiento no puede ser otro que la abundancia de ideas almacenadas en las dependencias mentales de Marzal. *Abundancia de ideas* no es expresión que me sirva de apoyo en el camino hacia otra cosa que aspire a declarar. No, la empleo y me detengo en ella, seguro como estoy de que contiene una asentada verdad, de que constituye una de las claves fundamentales a la hora de explicarnos no sólo la fisonomía sino también la génesis de la creatividad marzaliana. Y significa lo que significa: gran cantidad de ideas, un caudal riquísimo, asombroso. ¿Qué poemas hay, entre los producidos por sus contemporáneos, con más aporte de razonamiento y pensar rotundo —rechazados a la vez el intelectualismo y todo bloqueo de la emoción— que los suyos? Sus columnas de prensa, las páginas de su dietario, sus cadenas de aforismos y su prosa novelística ¿no presentan acaso esa tonalidad propia, tan inconfundible, sustentada siempre sobre una capacidad de análisis e indagación que merodea y desentraña los temas convirtiéndolos en objetos de abordaje múltiple? Escritores los hay de muchas clases: Carlos Marzal pertenece al género escogido de aquellos que tienen mucho que decir.

Si busco una imagen a través de la cual poder representarme el orden que a mi entender impera en su cabeza, acabo concibiendo la de una madeja igual a las que conocimos en la infancia, cuando nuestras madres hacían punto en las tardes lentas. Las recuerdo como objetos dotados de un orden apretado pero indudable, no como amasijos informes o como enredos. Las manos de nuestras madres iban tirando poco a poco y la conexión entre el orden de la madeja y el de la prenda que se iba tejiendo resultaba evidente. Aquella bola, dispuesta siempre a fluir sin trabas



Luk, 1999-2000



*Soulville I y II*, 1999-2000

al menor requerimiento, era la condición necesaria del jersey o de la bufanda. En ella se comprimía la lana, la materia prima, exenta de toda confusión y, por tanto, según una estructura preparada para desplegarse en busca de urdimbre.

En tales términos veo yo la mente literaria de Carlos Marzal. Dudo mucho que su borrador sea oscuro. Antes bien, toda su obra se va devanando a partir de esa claridad mental, que no funciona como un potencial magmático sino a la manera —insisto— del hilo bobinado cuyo concierto en cifra —negación del desorden a la espera de la mano que sepa dirigirlo— llegará a ser música efectiva, tapiz en la página escrita. Marzal estableció una hermosa prescripción al afirmar que «nuestras palabras deben crecer hacia la luz». Las suyas, quién lo duda, crecen escrupulosamente en esa dirección salvadora, y lo hacen hacia una luminosidad llena de texturas, con raíces en una tierra de grano casi matemático y nutrientes energéticos.

Así pues, de su mente sin grumos, como si se tratara de una veta de metales pesados y preciosos apenas enturbiada por la ganga, extrae Marzal una literatura donde las ideas van engarzadas con maestría. Cuando reflexiona o argumenta en un poema —y ha sabido justificar como nadie la legitimidad y el valor lírico, no sólo epistemológico, de las argumentaciones—, cuando lo hace en un artículo o una conferencia, el frecuente tropel de ideas asombra por la fluidez, la sorpresa y la diversidad de ángulos con que se viste. Como si estuvieran equipadas con ganchos, cada una de esas células de sentido atrapa a otras, lo mismo da que se esté desarrollando un análisis hondo, tan suyo, o se organice con sabia desorganización una digresión brillante, nunca banal, o se asedie un asunto, y en tal caso el asedio adquiere espesor gracias a capas fecundas además de inteligibles. No es la paradoja el único de esos resortes de enganche, aunque a mi entender destaca como uno de los más vigorosos. El sí que es no y viceversa, en sus variados formatos, permite al razonar marzaliano acarrear pensamientos y urdirlos en los versos o en las frases —en el jersey que se escribe— con los tonos anímicos de la emoción.

Admiro la madeja de Marzal como admiré primero sus tejidos. Fue el trato con la persona del escritor el que hizo crecer en mí el convencimiento de que aquella obra tramada de un modo tan sólido y eficiente brotaba de una cabeza donde la oscuridad es sólo la bella palabra que es, no un estado hacia el cual manifieste propensión.

Vuelvo —esta vez con mayor conocimiento de causa— a las etimologías o a las genealogías semánticas. En resumidas cuentas, la mente clara y fértil de Marzal es indicativa de *talento*, término cuyo significado moderno le debe mucho a cierta parábola evangélica. En ella, un hombre rico entrega a sus servidores un número de monedas, de talentos, para que los administren en su ausencia. La cantidad varía en función de la mayor o menor capacidad de los criados. Al cabo, los dos primeros siervos devuelven, duplicado, el dinero. El tercero, en cambio, por torpe, perezoso y cobarde, retorna a su señor el único talento recibido, que había mantenido enterrado, lejos de todo riesgo. El señor, obviamente, recompensa a los primeros y castiga al último. Tener talento, pues, equivale a la pericia de saber extraer valor sobrado a partir de lo que se posee. La cuestión es que suma y multiplicación no son operaciones sencillas en literatura. Por eso admirarlas se convierte en un deber.

Cuando admiramos damos las gracias, soltamos un lastre que era dulce, y nuestro pensamiento ejecuta un trabajo que le ayuda a mantenerse atento. Ante la obra de Carlos no cuesta sentir agradecimiento y menos aún mantener la atención. Con aparente facilidad, él tira de su hilo en avance hacia páginas que van tramándose, como pocas, según un universo exigente de complejidad y relieve; logradas porque emocionan, porque abren; sorprendentes porque ponen en el intelecto del lector la rara geometría que viene de una mente hecha con cálculo y con potencia.



## Marzalidades

Pere Rovira

ILUSTRA Cuqui Guillén



**N**UNCA he oído hablar mal de Carlos Marzal. No se atreven a hacerlo ni los enemigos de todo lo que él literariamente representa: inteligencia, pasión, audacia, confianza y escepticismo inseparables y una precisión y una gracia verbal que pocas veces se han visto en la poesía española moderna. Nadie se mete con Carlos Marzal porque no es posible dejar de percibir su grandeza poética y humana. Aunque Carlos Marzal nunca se haya vestido de gran hombre o de artista sublime.

Se diría, conociendo un poco a Carlos, que no se parece a sus poemas. Que ese hombre risueño, amabilísimo, de gran sentido del humor, paternal, caballeroso, taurino y ciclista infatigable no puede ser el que a veces habla de un modo tan desolado en sus versos. Y es cierto: ni él es tan alegre ni sus versos son tan tristes. Conociendo un poco más a Carlos, uno cree advertir quemaduras en el brillo de su mirada y que su risa franca y gustosa lo es más aún porque su dueño vio la cara negra de la desdicha sin coartada. En cuanto a los versos, su presunta desolación es casi siempre un canto a las ganas de vivir, un canto que puede darse rabiosamente, porque la vida es más frígida, más corta de luces y más breve de lo que el apetito de vida sabe tolerar. A veces, porque la vida se desborda por un lado indeseable, los versos de Carlos quieren contenerla con sentencias sabias y fuertes como presas. Y otras veces, cuando la vida es un gran premio, el poeta la bendice con angélicas palabras humanas.

Y hablando de apetito, la honda sed metafísica de Carlos no le impide tenerlo muy bueno. Le he visto devorar arroces y viandas de muchas clases, siempre con alegría y optimismo (es cosa sabida que a los supuestos pesimistas los transfigura la comida buena), y pienso que algo ha de tener que ver esa avidez gastronómica suya con el vigor de sus poemas, musculosos, ágiles y valientes como las fieras jóvenes que aparecen en ellos. También es capaz Carlos de devorar fieras reales, seguramente con el propósito de robustecer aún más el hambre que alimenta sus versos:

**Lo que mejor explica, sin agotarla nunca,  
la bárbara pureza del deseo recíproco  
es una cacería de animales  
y el hartazgo feliz en que se sacian,  
con los ojos cerrados contra el tiempo  
en el avaro éxtasis de su feroz banquete.**

No ha de sorprendernos la glotonería carnal que exponen estas palabras: Carlos Marzal debe de ser el único poeta español de todos los tiempos que ha practicado la captura nocturna del caimán y ha desayunado después filetes asados de la bestia. Tal vez semejantes experiencias expliquen la fascinación por la pureza salvaje que siente el protagonista de algún poema de Carlos, una pureza incluso considerada ejemplar, aleccionadora para los tímidos brutos humanos y sus ardides de supervivencia.

Puesto que Carlos dice de mí que soy un cazador que escribe, alguna vez he intentado educarlo un poco desde el punto de vista cinegético; convencerlo de que no todo han de ser caimanes en la vida de un escritor que no caza. Fuimos a cazar perdices (él lo cuenta, aun-

que no lo cuenta todo, en un poema muy hermoso titulado «Naturaleza muerta»), le expliqué que no hay un animal más indómito, que se trata de una caza dura, lenta, paciente y escasa, que hay que andar mucho. Al oír esto último, Carlos sonrió desde su probada solvencia atlética. Cuatro horas después, ya sonreía menos: «parece que esto va en serio», comentó. Le presté un rato mi escopeta y disparó a un par de perdices con gran emoción (que es el método más seguro para fallar el tiro). Me la devolvió y seguimos andando. Según una versión suya del incidente, tuvo el tiempo justo para echarse a tierra, tras mi aviso, cuando una perdiz saltó a sus espaldas. Dice que creyó que iba a darle a él, pero que, por fortuna, le di al pájaro, y que esa puntería me salvó de convertirme en un poeta elegíaco y me permitió seguir siendo hímnico. Es probablemente cierto que los destinos se dilucidan así, sin un gran porqué, como suele asegurarse en la poesía de



Carlos Marzal. Aunque tal vez ésta convierte en meramente hipotética la contradicción que existe entre ambas maneras de ser poeta. Porque es una poesía en la que el mal y el bien suceden inexplicablemente y caen a capricho sobre desprevenidos seres afortunados y sobre víctimas del azar diabólico (puede que en esa poesía Dios no exista, pero, quizá por esto mismo, sí parece existir en ella el Diablo). Semejante falta de justificación para la vida empuja a celebrar su posibilidad y su transcurso y a lamentar que tan a menudo sólo sea posibilidad y transcurso. Por eso Carlos Marzal es un poeta hímnicamente elegíaco, cuyo canto incita a gozar del cuerpo de la vida aunque sea llorando su destrucción y su pérdida.

De jovencito, Carlos Marzal fue manuelmachadiano. Lo dejó dicho y aclarado en un poema memorable de *La vida de frontera*. Aunque su estilo no muestre ya huellas del maestro, a Carlos sigue gustándole Manuel Machado y recordar «La canción del alba» cuando va a amanecer sobre un jardín donde dos amigos han pasado la noche charlando mucho y bebiendo un poco. Pero su poesía se ha alejado de la voz prematuramente cansada de las primeras obras y ahora, pasada ya la cuarentena, Carlos se encuentra con la voz del entusiasmo en *Fuera de mí*:

**Estoy desmemoriado  
para la desventura y para el luto.  
En arrogante ceguedad estoy  
contra cualquier amago de tristeza.**

**Brindo por este sueño cristalino,  
bebo a nuestra salud vino inocente,  
para estrellar mi copa contra el suelo  
de nuestro prodigioso mundo vano.**

Carlos Marzal ha roto con la poesía de la edad, que en la tradición moderna viene de Espronceda, pasa por *El mal poema* y por Gil de Biedma y deja un poco afónicos a algunos de sus seguidores. Cada vez más, la poesía de Carlos prescinde del inconveniente de cumplir años para celebrar la suerte de vivir. Quejarse por no ser joven, por hacerse mayor, por no ser inocente, etc. es un poco tonto, a no ser que se haga cuando todavía se es joven e inocente. Poéticamente, un caballero cuarentón que se representa torturado por esas cosas produce un efecto contrario al que quizá pretende: hace pensar que ha sufrido y que ha gozado poco, y que tiene pocas cosas que decir. El entusiasmo genuino, aunque parezca paradójico, puede proceder del dolor, de haber pasado por él y haber aprendido que nada da y nada enseña. Carlos Marzal lo supo pronto:



**Por lo que a mí respecta, sé decir  
que nada he aprendido en el dolor,  
salvo que es incapaz de enseñar nada  
que ya no conociésemos.  
Cada vez que pretendí entenderlo, recordé  
a un idiota asombrado que gesticula y llora  
ante la luna llena. Y considero cierto  
que el dolor acostumbra a dejar testimonios:  
un rastro de dolor que conduce hasta él mismo.**

El autor de estos versos se acerca a los treinta años («funesta edad de amargos desengaños», opinan ciertos poetas), dispuesto, como se ve, a no dejarse engañar por el siempre rentable tópico del sufrimiento. Lo cual le hubiese complicado las cosas, literariamente hablando, de no haber tenido un extraordinario talento, para la escritura y para la bondad.

Se supone que escribiendo queremos aprender a escribir y a vivir. Ese aprendizaje suele falsearse por el prestigio del mal (encontrarse mal, pasarlo mal, beber mal, amar mal... incluso, en los casos más perdidos, escribir mal). Pero ni el mismísimo autor de *Las flores del mal* era partidario de esta palabra. A Baudelaire, como a todos los grandes, le repugnaban el sufrimiento y la maldad: «el mal se hace sin esfuerzo, *naturalmente*, por fatalidad; el bien es siempre producto de un arte». Lo cual puede aplicarse tanto a las cosas de la vida como a la escritura de poemas. Carlos Marzal ha rescatado ese sentido de lo bueno, y, lejos de la previsible tradición del malditismo más o menos canalla, suena en su poesía de madurez la voz valerosa de la celebración, a pesar de todo, del mundo, del placer, de la alegría de vivir. La voz obstinada y lúcida de alguien que no se engaña acerca de la desdicha y de la muerte, que sabe que la derrota es sólo cuestión de tiempo y que por eso mismo hay que elegir el bando de la felicidad.

## Carlos Marzal: un primer esbozo

Enric Soria

ILUSTRACIÓN José Albelda

UNA de las ventajas que puede conllevar escribir un diario es que, a veces, uno sabe desde qué día exacto conoce a sus amigos.

Si anoté bien la fecha (es decir, si el mismo día en que tuvo lugar nuestro primer encuentro escribí la página que da cuenta de él), yo conocí a Carlos Marzal el 14 de abril de 1994. Desde entonces, no ha parado de crecer mi aprecio por su amistad y mi admiración por su obra; admiración no exenta de un profundo respeto lector —algo temeroso a la hora de hablar de ella—, ya que ésta ha ido evolucionando y aumentando en fuerza, riqueza y diversidad hasta convertirse en un verdadero continente, o más bien un

océano agitado, en el que la obscuridad muchas veces metálica de sus cambiantes fronteras alterna con poderosas explosiones de gozo, de una alegría de vivir entre arcádica y pánica, que sacude al lector y le hace, a él también, salirse de sí mismo.

Por todo ello, cuando se me sugirió participar en este volumen, pensé que quizá fuera una buena idea, para salir del paso y eludir a la vez las honduras de la exégesis —que en esta obra deslumbrante y proteica son una constante invitación a la pérdida— y los excesos del panégyrico amistoso, traducir aquella nota que tomé de nuestro primer encuentro, hace ya once años, cuando Marzal no era aún ese autor de referencia insoslayable de la poesía española que ahora sin duda es —estaban por escribir *Los países nocturnos*, *Metales pesados* y *Fuera de mí*—, pero que, sólo con dos libros —el primerizo y notable *El último de la fiesta* y el ya muy poderoso *La vida de frontera*— había demostrado de sobra que era una voz que había que tener muy en cuenta, al menos a los que leíamos con una pizca de atención.

No creo en absoluto que ese ya lejano apunte mío revele ninguna particularidad digna de memoria sobre la personalidad o la obra de



*Bautismo de la luz, s/f*

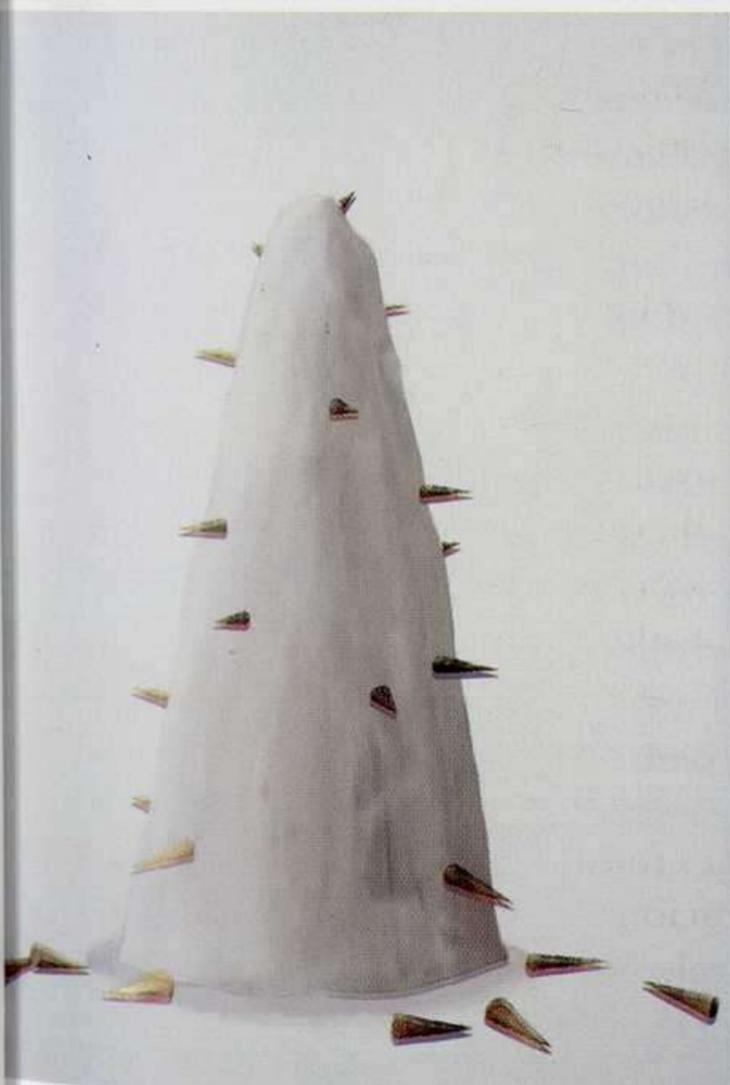
Carlos Marzal, y su valor como documento es bien escaso. Tan sólo se trata de un croquis del natural, esbozado apresuradamente, pero quizá por eso mismo conserve algo de la vivacidad y de la calidez que tuvo ese primer encuentro entre dos escritores jóvenes que habían de ser amigos. Por esa razón lo reproduzco ahora.

Dice así:

14-IV-1994

«Finalmente conozco a Carlos Marzal, el poeta que se ha ofrecido a traducir una antología de mis versos para la editorial Pre-textos. He leído sus libros, que me han impresionado vivamente, sobre todo el segundo, *La vida de frontera*; una rara combinación de lirismo mordaz y exaltación meditativa, con un puñado de finales memorables; aunque el primero no es desdeñable en absoluto, y menos como obra de principiante. Encuentro concomitancias importantes con mi poesía, sobre todo de concepción y de punto de vista, aunque la suya tiene un vitalismo más marcado, es más aventurera y más barroca, con más gusto por la variedad rítmica y la melodía verbal. La mía es más seca. Aun así, las afinidades de fondo son evidentes. Eso me anima mucho. Para confiar en un traductor, hay algo casi tan esencial como el que sea un buen poeta: que no haya que explicarle lo que pretende uno.

Hemos quedado después de comer, en la cafetería San Patricio, que precisamente hoy estaba cerrada, así que he tenido que esperarle, plantado junto al semáforo, un buen rato. Carlos ha llegado tarde por problemas de tráfico y se ha prodigado en excusas. Tampoco hacía falta tanto, pero he comprendido que, en un primer encuentro, los dos queríamos hacer buena impresión. Me ha sorprendido —bien mirado, no sé por qué— que hablara un catalán tan fluido, o quizá más aún que el de su amigo Vicente Gallego, también excelente poeta. Marzal es un hombre joven, más bien delgado, de ojos muy vivos, con una gran simpatía natural, de palabra y gesticulación fáciles. Nos tomamos un café en el Ateneo y después viene a casa, para que le pase las últimas



*Montaña perdiendo sus espinas, S/F*

versiones de algunos poemas. Nos ponemos de acuerdo en seguida.

La conversación salta con ligereza de un tema a otro. Marzal tiene un sentido irónico entrenado, parece propenso al entusiasmo y, a la vez, sus comentarios sobre poetas concretos y sobre poesía en general son muy inteligentes. Afirma los valores de la claridad y la eficacia, precisa y a ser posible fulminante, en el poema. El placer de la afinidad hace que la tarde pase deprisa. Entre diversos comentarios, me cuenta los problemas pecuniarios y morales de Vicente Gallego cuando otro escritor lo denunció por un artículo crítico (en todo caso, su oponente le había de haber respondido con otro artículo, ya que era del gremio, y no haber involucrado a los jueces: habríamos ganado una buena polémica y nos habríamos ahorrado una querrela vergonzosa), y hubo de pasar por los tribunales y pagar la elevada multa correspondiente, que le costó enjugar. Ignoraba eso último. Debería haberlo sospechado. Tuvo que ser una experiencia muy ingrata. Aquí, como en otras ocasiones, mi inveterada timidez me inhibió un gesto de solidaridad que era exigible.

Descubro que Marzal es un buen lector de poesía en catalán, en particular de la valenciana, y un gran admirador de Vinyoli. No hace falta decir que me complace. Compruebo una vez más que, entre la gente de nuestra edad, aproximadamente, los celos y las tensiones de los años 70 no tenían ninguna razón de ser y no se han producido. Naturalmente, queda algún troglodita por ahí, pero la tónica general es la del respeto y el conocimiento mutuos. Que sea así, al menos entre escritores, es un descanso que se agradece mucho.»



*Pedriza producida por una herida de flecha, s/F*

## Carlos Marzal

José María Álvarez

ILUSTRACIÓN Martí Quinto



A exaltación de un Poeta es una de las (pocas y) más estimables compensaciones en la vida de otro Poeta. Significa que la Poesía vive, que aún no han logrado exterminarla. Si ese Poeta es, además, un amigo —y un extraordinario amigo, en el caso que hoy trato— el resplandor de esa admiración ilumina una profunda alegría. Hace ya muchos años, cuando leí los «primeros» poemas de Carlos Marzal —un Marzal jovencísimo—

supe que estaba ante un verdadero Poeta: aquellos versos tenían una hondura y un alcance mayores de lo que naturalmente podía sospecharse, no ya por su edad (los poetas no tienen edad), sino por el poco tiempo de camino; pero sin duda eran ya poemas de una voz «hecha», versos que nacían de una experiencia espiritual única, sólo suya, y no como suele ser habitual de la copia de emociones ajenas y de un no menos ajeno decorado. Ya era un poeta que embebía el Mundo, saciándose. Cuanto he leído después no ha hecho sino confirmar esa inicial impresión, acrecentándola.

Admiro ese talento. Admiro la inteligencia que es urdimbre y esa trama de salto sin red en los abismos de lo que somos —como Goethe pedía en su «Ifigenia»: Desciende conmigo a los reinos oscuros...—. Creo que esa altura de vuelo, o se tiene o no, y cuando es carne y sangre de un Poeta, nos lo regala en libros que arden en las manos de sus lectores, que es lo que hacen los buenos libros. Como Borges, Navokov, Stevenson, Wilde dirían: Encanta. Páginas que existen por sí mismas, que producen una emoción física como la que se siente ante la mar, una mujer hermosa o la belleza o el horror del Mundo.

Y Carlos Marzal vuela muy alto. Sabe muy bien que la única obligación de su destino de Poeta es un encantador de serpientes. Sabe que un Poeta no es sino la sed de esa cima de exce-

lencia, y la desolación de su alma si no llega a alcanzarla, el santo celo por quienes sí la logran, la convicción de que esa jerarquía de la belleza, de la grandeza, es superior a él y que sólo a ella sirve con la inteligencia y su trabajo. Y sabe que la Poesía no es una esposa dulce, serena, confortable, sino una amante voluble, bellísima pero aniquiladora, una mala puta.

Y para acabar. Lo mejor que puedo decir de Carlos Marzal es que probablemente, y con todo lo dicho, seguramente cambiaría una noche de ese talento «sur le vive papier de la blancheur défend», por una suave velada mediterránea, bien acompañado, nereidas y cleopatras, caviar del Guadalquivir y un buen Alsacia, el mar resonando al fondo; porque como él muy bien sabe, acaso no hay momento como el de esa última copa con un amigo en la alta noche y saber —sólo con mirarse— que si bien, como dijo el Poeta, «nuestras vidas son los ríos que van a dar en el mar»... ¡joder, y que no puede uno divertirse en la espera de tan fausto acontecimiento!

París, enero 2005



## El libro perdido

**Salvador Domínguez**

ILUSTRA Rosa Martínez Artero

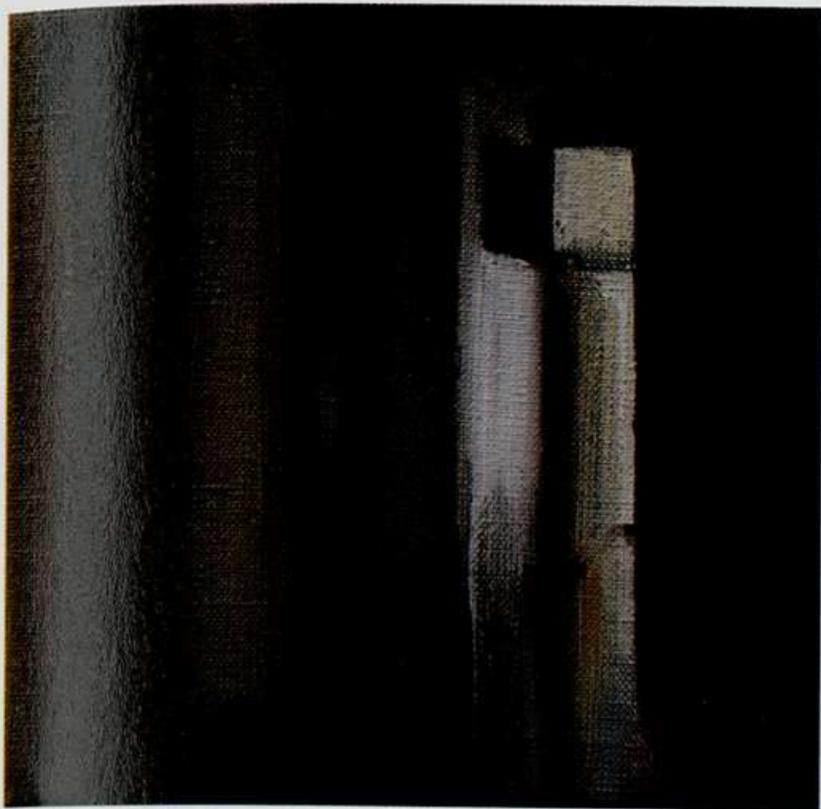
**A** media tarde Juan Gil Albert solicitó a su amorosa sirvienta que trajera la merienda. Ésta acudió a poco con un par de vasos de limones exprimidos, diluida su acidez en agua azucarada, y unas pastas tostadas. Las tardes de 1982 no eran como las de ahora. Alumbraba el cielo un sol almibarado que moría sin tristeza. Juan Gil Albert recibía en su casa a jóvenes interesados en la literatura, en su obra, y en aquel extraño fenómeno de escucharlo hablar como si escribiera. Lúcido siempre, mayor pero no anciano, al decirle que marchaba pronto a Sevilla para cumplir con mis deberes patrios, se apiadó de mí con un gesto de exquisita generosidad. Tomó una agenda de una mesilla contigua, y buscó en ella la dirección de unos amigos con residencia en aquella ciudad. La apuntó en un papelillo y me la dio, diciéndome: «Así no estarás solo, y tendrás con quién hablar de libros».

A principios de 1983 llegué a Sevilla, tras dos meses de torpe adiestramiento militar. Me pareció una ciudad propicia para mi juventud: hermosura en las calles, animación en las tabernas, y muchachas en flor regalando alegrías. Mis solitarios paseos para descubrir sus rincones, desembocaron pronto en la dirección proporcionada por Juan Gil Albert. Se trataba de una diminuta librería de viejo, tras la Giralda, poco antes de entrar al aristocrático barrio de Santa Cruz. Desde la calle atisbé a un hombre todavía joven, bastante delgado y de apariencia retraída. Supuse que él era el contacto que aliviaría mi exilio de año y medio en los cuarteles, y en efecto lo fue. Se trataba del librero y editor Abelardo Linares, que me recibió con gran afabilidad al decirle quién me remitía.

A la diminuta sede de la librería Renacimiento, que así se llamaba y continúa llamándose tan hermosa empresa, acudían por entonces púberes poetas andaluces, que me fueron amablemente presentados por mi mentor sevillano. Conocí así a Felipe Benítez Reyes, joven muy cortés con fulgurante sentido del humor, y a Juan Lamillar, que translucía en su sonrisa un alma nobilísima. También recalaba por allí Aquilino Duque, escritor más maduro pero de irrefrenable vocación, que era además amigo de un teniente coronel medio pintor a cuyas órdenes yo servía. Y Fernando Ortiz, complejo como su críptica caligrafía de pluma estilográfica. De esta suerte, mi estancia en Sevilla no llegó a ser el encierro cuartelero que yo vaticinaba. Incluso tuve ocasión de leer «La Voluntad», de Azorín, en una edición fechada en 1.913, que le compré a Abelardo Linares en su minúsculo establecimiento. Aprendí en sus páginas el trasunto novelado de los postulados de Schopenhauer, que tanto se han reflejado en la personalidad de Carlos Marzal y su universo poético. Esa combinación de talento y trabajo, de naturaleza y empeño, que han transformado el caos de la vida en una obra labrada con orden y concierto.

Finiquitado mi servicio a España, y a los meses de volver a Valencia, se convocó aquí el Primer Congreso de Escritores del Mediterráneo. Carlos Marzal y yo teníamos amistad y fe en las letras siendo aún bachilleres, y le anuncié que llegaban de Andalucía unos conocidos para participar en el estrambótico cónclave. Más aún, porque Felipe Benítez Reyes llegaba desde Cádiz, abocada al Atlántico, y Francisco Bejarano de Jerez de la Frontera, cuyo mar u océano todavía desconozco. Pero lo del Mediterráneo estaba por entonces como redescubierto, y fue excusa cualquiera para congregar en Valencia a literatos de toda procedencia, relacionados de forma próxima o lejana con el olor de ese mar.

Pronto llamé a Felipe al hotel donde se alojaban, y concertamos una cita para enseñarles la ciudad. Pese a no conocerse, Felipe y Carlos hicieron con rapidez unas migas excelentes, de cuyo buen sabor

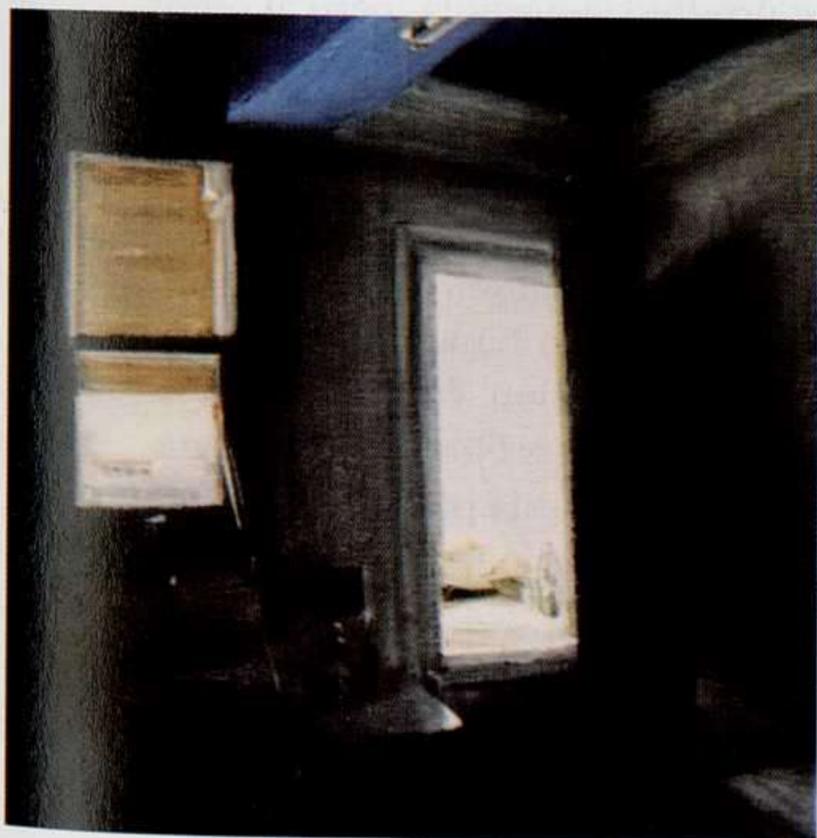
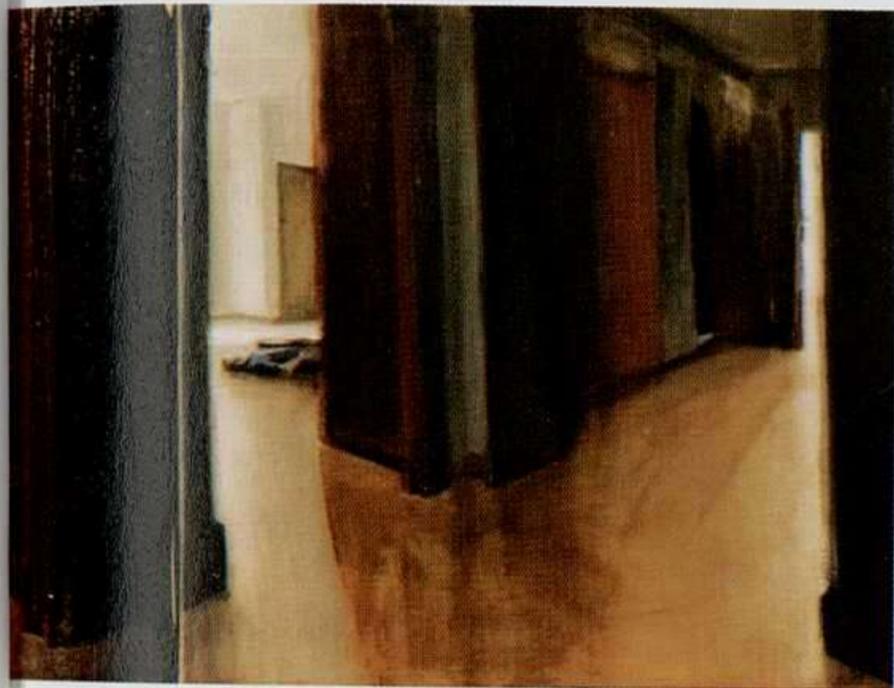


siguendo siendo testigo. Y por mi parte descubrí una insólita hermandad con Francisco Bejarano, ya que ambos compartíamos obsesión por los pastilleros y las combinaciones farmacológicas, que de inmediato, y durante muchos años, hemos intercambiado.

Desconozco las conclusiones de aquel Primer Congreso de Escritores del Mediterráneo, pero sí lo que supuso para nosotros. Una fiesta crónica y aguda durante los días y las noches y las madrugadas que tuvo a bien durar. La algarabía más lozana e interminable de cuatro personas entusiasmadas por la vida y la literatura. La formación de un cuarteto de golfos dispuestos a acabar en cualquier comisaría, donde no llegamos nunca porque Dios, entonces, estaba siempre de nuestra parte. De aquel espíritu transgresor y limítrofe, excesivo y romántico, están impregnadas las páginas de *El último de la fiesta*, el primer libro de Marzal, y también *La vida de frontera*, segunda y perfeccionada entrega del anterior.

Pocos meses después partíamos Carlos y yo para Sevilla, dispuestos a continuar una juerga inconclusa. En el apartamento que yo hube compartido allí con un amigo sólo quedaba una cama disponible. Hice valer mis derechos históricos, y Carlos tuvo que dormir como un plano plegado en un sofá. Felipe le echó un quite para salvarlo de tan dolorosa muerte, porque le dio hospedaje en su casa estudiantil de Sevilla, donde Carlos pudo expandir su constreñida cartografía. La estancia resultó una prolongación de la fiesta iniciada en Valencia. Como si el tiempo avanzase únicamente hacia la exaltación de la vida, o como si hubiéramos encallado en una eternidad jovial y prodigiosa, de cuyo fin nadie nos habría convencido.

Por supuesto, recalamos en la librería de Abelardo Linares, que ya por entonces daba sello a la editorial Renacimiento, aún modesta pero señalada. Algún tiempo después,



Carlos enviaba a Abelardo su libro inicial, con vistas a la primera impresión de su poesía. Éste lo acogió con el ojo agudo que siempre ha demostrado como editor, y lo mandó a la prensa. *El último de la fiesta* fue el principio de un trabajo que ha ido profundizando, indagando, en nuestra extraña naturaleza. La experiencia vital se reflejaba en él como en su obra restante. Entonces relucía como un tendral brote de soja, que poco a poco se ha ido cocinando, perfeccionando, hasta lograr ese sabor cuajado que ahora tiene.

Cuando *El último de la fiesta* salió a las librerías, Carlos me regaló un ejemplar con una cómplice dedicatoria. Leí en sus versos una vida muy próxima a la mía: tantos disparates habíamos hechos juntos. Su padre, Don Alfonso, hombre de bien y lector infatigable, amén de primer inductor de Marzal a la literatura, rebosaba orgullo y felicidad. Carlos ya era poeta por la extraña bendición que atribuye el invento de Gutenberg a quien imprime con él sus manuscritos. Pero era poeta, sobre todo, porque creía en la poesía como un camino de vida y de expresión.

Sin conciencia pasó el tiempo. Aquella primavera infatigable se fue desvaneciendo. Marzal ya había publicado *La vida de frontera*, también en Renacimiento, constatando una depuración personal y estética. Un segundo libro que mantenía el alborozo existencial del primero, aunque más contenido. Después, esa dicha se convirtió en gran hondura y dominio técnico en *Los países nocturnos* y *Metales pesados*. Hasta que le nació una nueva alegría, distinta, en «Fuera de mí», cántico de acción de gracias, que es lo último que nos ha dado.

Años más tarde, no recuerdo el motivo, salí a la calle con aquella primicia de *El último de la fiesta* que Carlos me regalara. Trajiné de un lado a otro solucionando enredos, ratificando la cara insospechada del futuro. No sé cómo ni dónde se produjo la pérdida, pero al regresar a casa constaté que el ejemplar había caído de mis manos como la hoja de un árbol envejecido y lejano. Me sobrevino una ingrata sensación. Intenté hacer memoria de los lugares recorridos, e incluso llamé por teléfono a varios de ellos. Definitivamente el libro había quedado olvidado en algún sitio. Le pedí a Carlos que me diera un nuevo ejemplar, pero no le quedaban. Telefoneé a Abelardo Linares para que me mandara uno por correo, pero el encargo se disipó, como todo en la vida. Ahora tengo la certeza de que mi pérdida del libro fue una fatalidad ineludible. La prueba de que el tiempo había pasado devorando aquel tiempo, la luz de nuestra aurora. Se cumplió la sentencia: «Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos».

## El destino

Andrés Neuman

ILUSTRA Mery Sales

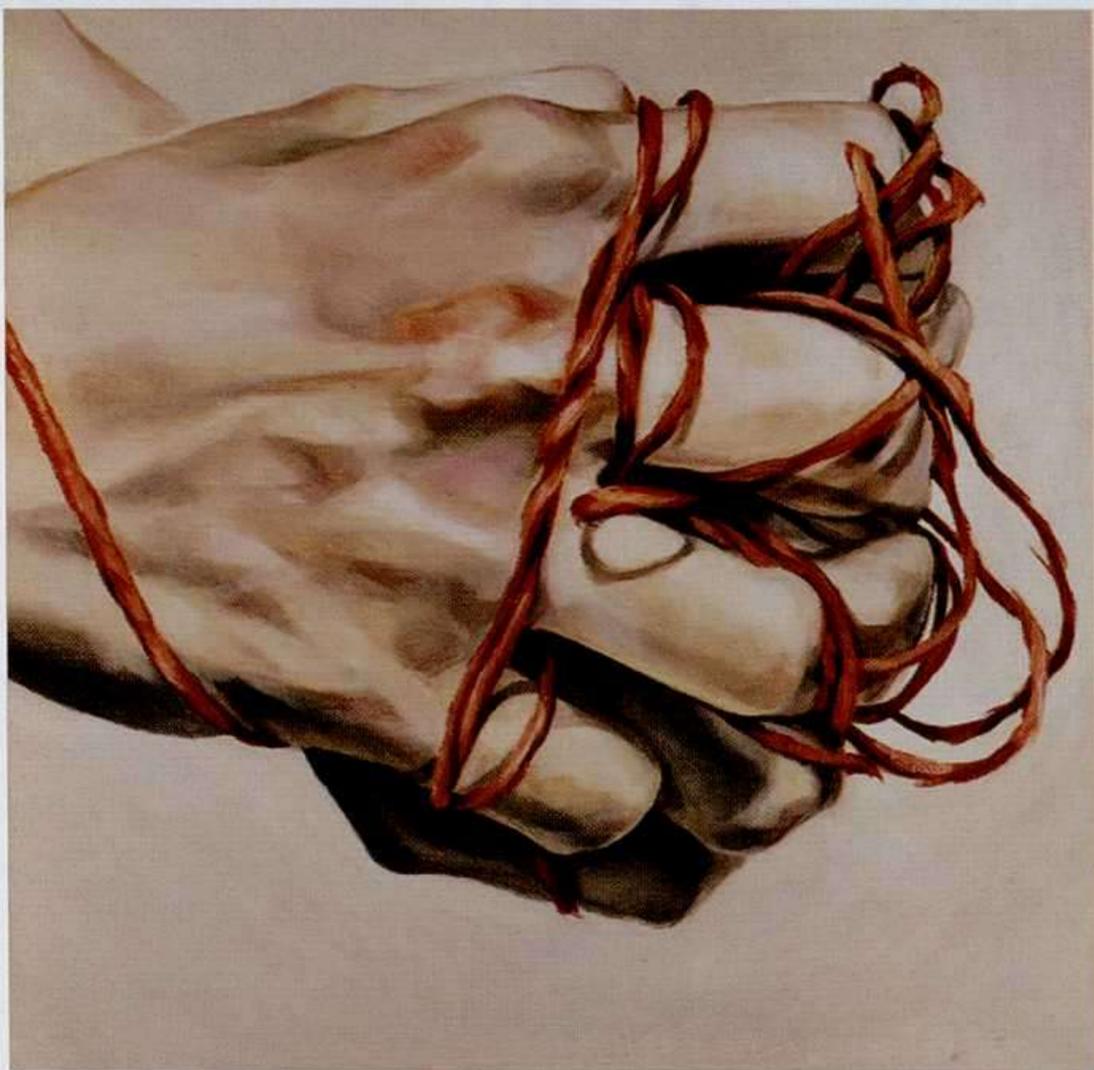


*El hilo rojo, 2004-2005*

*Para Carlos, que no distingue entre P y Q*

**T**AN prestigioso como casto, el individuo P gusta de la pintura abstracta, la música de cámara y la lírica petrarquista. Ha dedicado dos tercios de su vida al esmerado estudio de las artes; la tercera porción restante, a soñar con ellas. Rigor y serenidad rigen la doméstica existencia de P, que, de vez en cuando, se permite dar a la imprenta algún libro de versos. Incluso se diría que del último poemario no se halla disconforme. ¿Y qué mayor lujuria —discurre P durante alguno de sus moderados accesos de euforia— que una mínima vanidad literaria?

El individuo Q, bebedor desaforado y mujeriego incorregible, mantiene desde hace años una vaga amistad con P. Vaga, no sólo porque ambos hombres muestren escasa voluntad a la hora de llamarse por teléfono, sino porque además ninguno de los dos termina de explicársela muy bien. Sin género de dudas, Q envidia la sapiencia de su amigo y el solemne respeto que se le profesa en los círculos de influencia. De P, a su vez, no sería aventurado afirmar que siente una oscura admiración por el desenfreno cotidiano de Q, que él se figura un arte o una forma vivísima de malditismo.



*Voluntad de recordar, 2005*

Llevados por la mutua curiosidad, durante una anómala velada en la que P —cosa rara— se ha excedido un tanto con el vino y Q —cosa rarísima— se nota carnalmente saciado, ambos llegan a un acuerdo: cada uno suplantarán al otro durante veinticuatro horas. Q informa a P de que tiene fijado para la noche siguiente un encuentro con una exuberante amiga de inclinación más bien alegre, y se compromete a hablarle maravillas de su amigo hasta convencerla del cambio de pareja. Por su parte, P pone al corriente a Q de su compromiso urgente de enviar a un periódico un poema en homenaje a cierto vate fallecido, y le sugiere entre

risas que sea él mismo quien lo escriba.

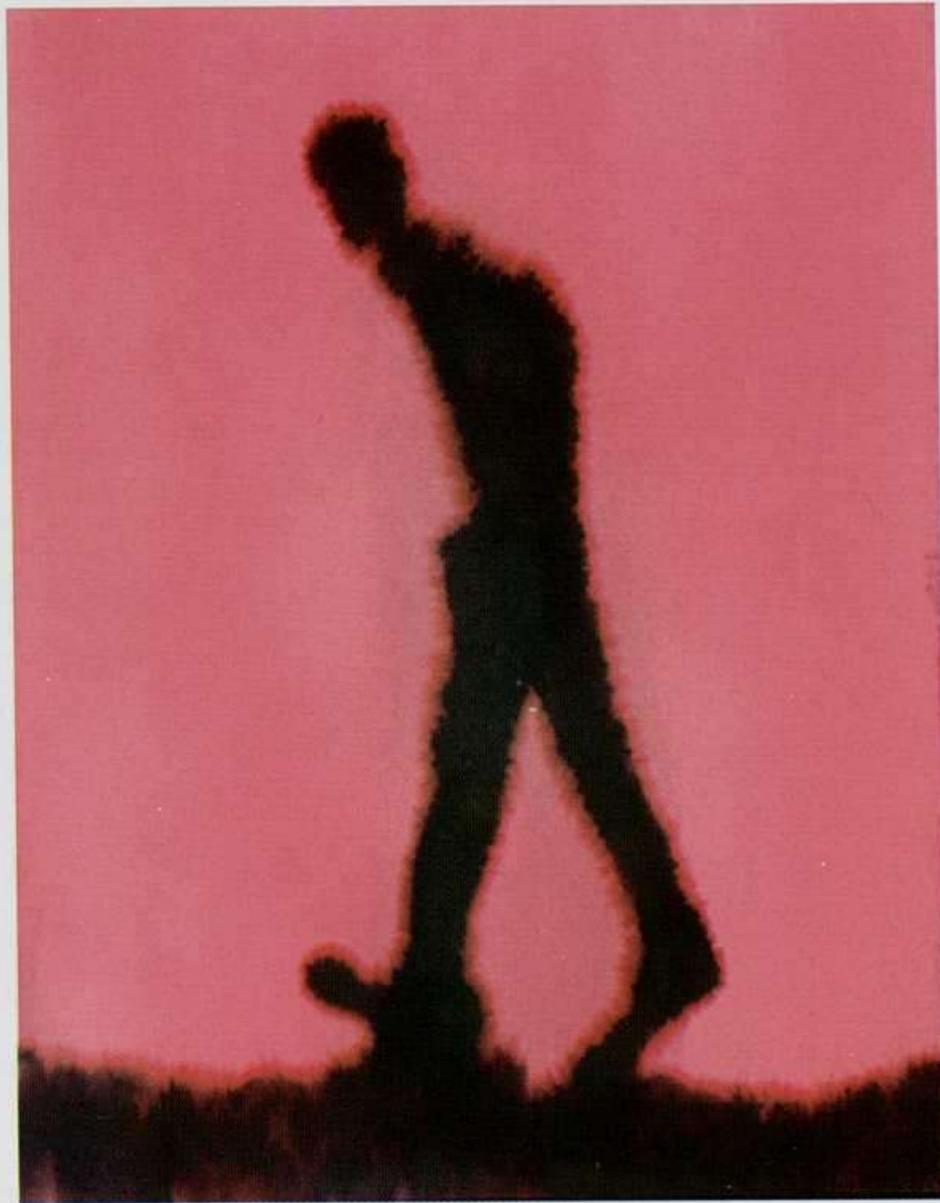
Menos intimidados que divertidos, los dos amigos se estrechan la mano.

Dos días más tarde, ambos se encuentran de nuevo en una cafetería. Q confiesa su estupor ante la insospechada severidad de la creación poética. Le narra a P una tortuosa madrugada en vela, rodeado de las obras completas del vate fallecido y escuchando una lánguida sonata austríaca, en busca de alguna inspiración. Comprendiéndolo perfectamente, P le expresa a Q su extenuación tras una inconcebible sucesión de locales nocturnos, litros de alcohol y gimnasias sexuales. Ojeroso, admite su definitiva incapacidad para soportar ese ritmo y conservar, como su amigo, un aspecto jovial y la salud intacta. El otro asiente y, a su vez, se declara indigno del delicado trato con las musas. Mutuamente espantados, ambos convienen en que el experimento ha merecido la pena, pues los ha confirmado en sus respectivos destinos en la vida. Apuran sus cafés. Vuelven a estrecharse la mano. Vuelven a despedirse.

Esa misma noche, P recibe la llamada de un colega que lo felicita vehementemente por su poema en homenaje al vate fallecido, e incluso se lo encomia hasta el punto de denigrar toda su producción anterior. ¡Ya era hora —le confía a P en un momento de la conversación— de que se dejara usted de manierismos y se atreviese con verdaderas honduras...! Unas horas más tarde, al borde del sueño, Q escucha la voz susurrante de la joven que, tendida boca arriba en la oscuridad, descansa junto a él: No te ofendas, tesoro, pero ¿no me darías el teléfono de ese amigo tuyo?



Manuel Sáez *Cuatro autorretratos azules, 1985*



*Caminante I, 2005*

## Caminante

Juan Manuel Villalba

ILUSTRACIÓN José Saborit

UN hombre va caminando hacia el centro de la esperanza. Camina y camina hasta perder el aliento, y sacrifica el sueño y la energía con tal de llegar a su destino. Al igual que en esas pesadillas en las que los pasillos se alargan hasta el infinito cuando creemos haberlos recorrido, el hombre ve cómo se aleja la esperanza cada vez que está a punto de tocarla. Aun así, continúa caminando. Ese hombre puede ser Carlos Marzal, y la odisea en la que está envuelto puede ser cada una de nuestras vidas, con los pequeños, particulares e insignificantes infiernos cotidianos que contienen.

La poesía de Carlos Marzal actúa como una brújula. O mejor: la brújula de Carlos Marzal actúa como un poema, un poema que, lo pongas como lo pongas, siempre apunta hacia el norte de la esperanza y que, como todas las brújulas, asumen el riesgo de la confusión que un campo magnético les puede ocasionar. Muchos son los campos magnéticos deseosos de confundir nuestras brujulas. Se esconden bajo multitud de formas y disfraces, y esperan agazapados a que un descuido por nuestra parte favorezca sus intenciones desorientadoras.

El mapa que traza Carlos Marzal con sus poemas no es un mapa de la tierra promerida, y puede contener cualquier cosa menos ingenuidad. Marzal conoce a todos los monstruos de la confusión y el desaliento, y con sus poemas nos advierte de los pantanos, desfiladeros y trampas



*Caminante II, 2005*

que podemos encontrarnos en nuestro viaje hacia el centro de la esperanza.

Una de las características más admirable de la poesía de Marzal es la sinceridad o, lo que es lo mismo, el valor. En sus poemas encontraremos siempre el valor que hace posible el reconocimiento de la miseria y el peligro. Y no es tan fácil entonar el peligro y convertirlo en canción. A la postre, esa postura íntegra no es más que un gesto de generosidad por su parte. Y digo generosidad porque él siempre va delante, es el explorador que pisa primero la región desconocida y marca con señales luminosas el sendero por donde otros caminaremos seguros, asumiendo con entereza los riesgos que ello comporta.

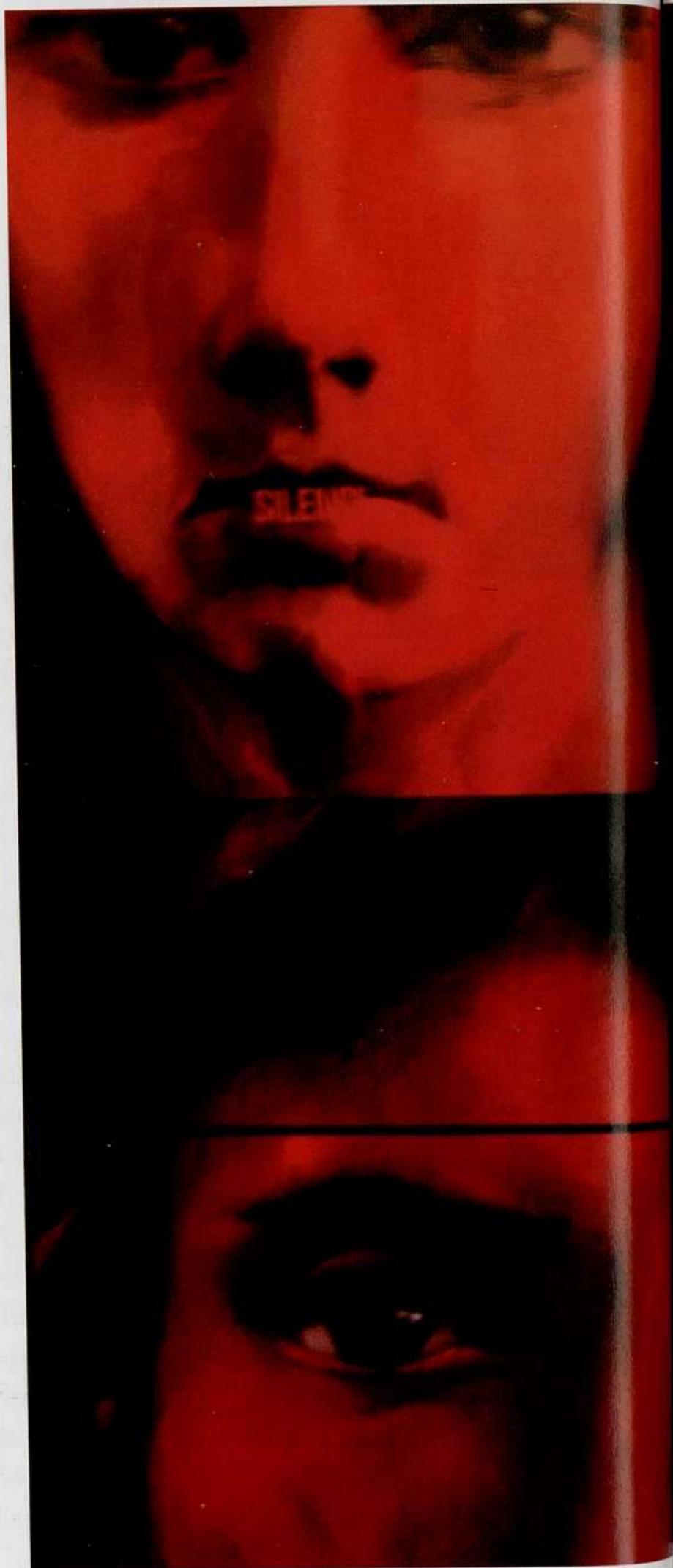
Asombra contemplar la serenidad con que Carlos Marzal asume la tarea de enfrentarse al poema. La explicación a ese asombro es sencilla, aunque no simple: no se enfrenta al poema, sino que se sumerge en el poema. Su punto de partida ya está dentro del poema, es decir, no tiene que pedirle permiso para entrar, sólo tiene que zambullirse, mojarse. Carlos Marzal tiene muchas horas de navegación.

## Señor Marzal

Elena Medel

ILUSTRAN Paula Bonet & Lorena Amorós

CUANDO el Señor Marzal sacó su billetera mientras preguntaba cuánto le correspondía pagar, Alejandra, Ana y yo sonreímos, cómplices y convencidas de que aquel tipo era uno de los nuestros. El Señor Marzal ya había esbozado algún prometedor paso al ritmo de la pachanga, había clamado *fiesta* con augurante brío, pero ahora el Señor Marzal lo confirmaba, exigiendo Smirnoff y la vuelta con la misma elegancia con la que hablaba de Neruda o se decidía entre tostadas y croissants en el buffet del desayuno. Igual que nosotras, el Señor Marzal mezclaba sin reparo batido con alcohol, blandía su teléfono móvil en algún momento épico de la noche —un parecido razonable, un estribillo cuyo ripio nos obnubilaba—, observaba a su alrededor para reseñar —y rebautizar: *keep on working*— a los buitres o presagiar estallidos de amor ajenos. Era, no había duda, uno de los nuestros. Noche tras noche, fiesta tras fiesta, Almax tras Almax, Alejandra, Ana y yo adoramos al Señor Marzal con el mismo furor con el que las niñas de instituto se desgarran los brazos cuando aprueban Matemá-



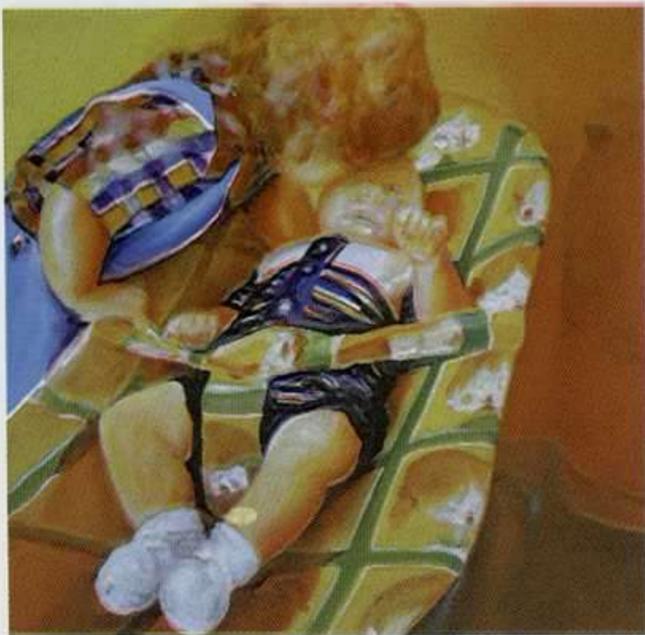


Paula Bonet *Fragmentació*

ticas: fotocopiamos su rostro, lo ampliamos en caretas, fabricamos insignias para condecorar a los muchos marzalianos que se unían a la fe, bailamos mucho —reímos más— y continuamos engullendo vodka por botellas. El día del reparto de diplomas no nos quedó más remedio que abrazar, henchidas de resignación, al Señor Marzal, prometiendo nuevos encuentros y recordando el momento cumbre de aquella semana, cuando entonamos *Love is in the air* —puesta en escena incluida— ante el clamor unánime de los autóctonos de la mítica *Gramola* escurialense.

No me interesa la disección filológica; ante el bisturí de las notas a pie de página, yo prefiero el cariño. Los esquemas y los epígrafes son para quienes se arrojan ya con una lápida, o para personas tan grises que no necesitan el mármol; y aquí da la casualidad de que Carlos Marzal está siempre vivo, siempre sonrío, siempre está dispuesto a levantarte el ánimo con un correo electrónico que recuerda los buenos momentos vividos, aunque tenga la maleta preparada para salir corriendo, o aunque en su agenda figuren tareas mucho más importantes que preguntar por tus exámenes y tus novios. Por tanto, la única opción es decir esto, escribirlo muy alto: que el Señor Marzal se hace querer, y vive a cientos de kilómetros pero está muy presente en muchas ocasiones. Carlos Marzal es autor de una obra alucinante —antes del primer vodka, yo solía evocar unos versos suyos, «Deberías marcharte. / La fiesta ha terminado», cuando el reloj marcaba las siete de la mañana—, que habla de sensaciones espléndidas y a la vez comunes; pero es que, para colmo, el Señor Marzal se hace querer, tiene un corazón del tamaño de la plaza de toros de Valencia, danza cual MC Hammer patrio y se acuerda de tus fechas significativas.

Una vez, para sacarlo de sus casillas y compro-



Lorena Amorós *Txikillers*, 2000-2005

bar si la expresión *mal genio* formaba parte del diccionario del Señor Marzal, dejé caer la fecha de nacimiento de mi padre: 1961. *Horror de horrores*, habría pensado cualquier otro; por supuesto, la reacción el Señor Marzal no se parecía en nada a la del hipotético resto del mundo. Fingió enfado, soltó después alguna chanza, y ahora me recuerda su edad —que es también la edad del Señor Medel— en cuanto puede, no sé si para tomarme un poco el pelo o para asignarse un rango de *venerable* que, sinceramente, no necesita. El Señor Marzal, Carlos Marzal, es *venerable* por sí mismo, por lo que escribe, por lo que es. Un poeta de los grandes, de los que mis hijos leerán en el Bachillerato, y un tipo de los grandes, ante los que hay que santiguarse cuando entran en la discoteca, cuya presencia se agradece en un congreso y una cena, identificas su nombre en el programa y entonces piensas *ay Bendito Señor Marzal, rey de la noche*, cómo no vamos a quererle —a venerarle— si es así.

## Palabras para el dolor del hombre

José Antonio Mesa Toré

ILUSTRACIÓN Artur Heras



**D**E las muchas cosas que pueda ser la Poesía, tengo para mí que si no fuera, entre todas ellas, bálsamo para quien la escribe y para quien la lee, habría de tener mucha menos estimación de la poca que hoy se le tiene.

Hoy, que gozosamente andamos en andar de nuevo los caminos y las aventuras corridas por el caballero de la Triste Figura, viene como anillo al dedo comparar las virtudes de la Poesía con las excelencias del bálsamo de Fierabrás, milagroso mejunje que apacigua los dolores del cuerpo tanto como los del alma.

En madrugando los despertadores, el género humano ha de salir de sus madrigueras a pelear por la vida; y la vida, mayormente, está hecha de realidades que nos esperan más con estatura y aspavientos de gigantes malencarados que de inocentes molinos. Realidades varias que nos esperan y nos superan de ordinario y que muy poco, si no nada, tienen que ver con el lujo y la lujuria de nuestros sueños; pues la realidad, aunque nos parezca extraordinaria, es realmente vulgar y, la mayor de las veces, cosa ya sabida que, con los años, apenas si se molesta en sorprendernos; y, aun siendo con más frecuencia de lo que creemos un vaso de agua, la

realidad —digo— acaba casi siempre mutando en tormentoso océano donde ahogarse con escasa dignidad.

Así pues, esa tribu de humanos que cada mañana se echa a la calle o a los tortuosos caminos del mundo anda a cada paso confundiendo molinos con gigantes, tirios con troyanos, churras con merinas, y esto con lo otro, en un estado permanente de angustiosa perplejidad. (Por no saber, no sabemos quiénes venimos ni de dónde somos.)

Este cuento viene a cuento de hacer elogio de las propiedades terapéuticas de la Poesía en general, y de las de los poemas de Carlos en particular, además de dar pie para discurrir sobre otras muchas cualidades de la escritura en verso. Marzal ha escrito en prosa acerca de esa perplejidad a la que él, como todos, tampoco escapa: El mundo no es nunca una cosa concreta de la que se pueda sacar una única impresión, sino un cúmulo de fenómenos a los que la mayoría de las veces no se les consigue ver la relación, ni la gracia, ni el sentido. Aunque es cierto que nadie había dicho antes que el mundo hubiese de tener sentido o resultar gracioso, por lo que no podemos sentirnos estafados en definitiva, pese a que en definitiva la sensación de estafa no nos resulte ajena cuando juzgamos los aspectos de nuestra vida y nuestro mundo. Y en verso, después de que la satisfacción del deseo carnal le haya procurado padecer un espejismo de armonía absoluta con el Cosmos en el que todo el tiempo del mundo es ese instante / y en ese instante, el mundo, un laberinto / del que conozco todas las salidas, Marzal, al igual que todos, ve cómo tamaña ilusión se desvanece de manera que de nuevo el mundo es un rompecabezas, / imposible de armar con un principio. El poema, claro está, se titula La tregua.

Con semejante sentimiento de estafa, a la tribu no parece que se le pueda adivinar que vaya a descubrir el fuego, ningún fuego que no termine chamuscándola; ni, por supuesto, nadie le augura un final feliz para su Historia. La tribu necesita, entonces, de los poderes chamánicos de la Religión, de los Estupefacientes o de la Poesía; o mejor, de todos a la vez. La tribu y, casi con más urgencia, el propio hacedor de poesía. En entrevista con Juan Bonilla, lo explicaba así Marzal:

JB.— ¿Entiende la escritura como una actividad que tiene cierto componente terapéutico?

CM.— Es una manera acertada de verlo, sin duda, si tienes en cuenta que cuando escribes eres a la vez el enfermo y el médico, es decir, el que sufre el dolor y el que le suministra la anestesia.

Pero esa anestesia también adormece nuestro dolor, el de sus lectores, siendo esta calidad de antídoto contra los males de nuestra propia vida y de nuestro mundo la primera que celebramos en la poesía de Carlos. Como creador, ya en su primer libro: *El último de la fiesta*, com-

prendió que el arte, si es auténtico, / nos reconcilia con nuestra impotencia, / nos infunde un absurdo valor / con que afrontar el correr de los días . ( El mal poema ). A nosotros, como lectores suyos, recibir ese arte, cuando es verdad que es auténtico, nos contagia el mismo descabellado arrojo para pelear —David contra un Goliat esquivo a cualquier pedrada— con el Tiempo.

Sin embargo, según se dijo al principio, la Poesía puede ser muchas otras cosas además de un bálsamo para la pedrada que el Tiempo —mutado no sabemos cómo, ni cuándo, ni por qué oscuro encantamiento de Goliat en David— nos reserva.

Demostrado está que la Poesía nos reconforta, mas, en consonancia con esa paradoja funambulesca que es la vida y en ese taimado rompecabezas que es el mundo, Marzal, sin piedad pero nunca traidor, nos pone sobre aviso de aquello otro que también pudiera ser: Porque entre muchas cosas que se nos escapen, / la poesía es talvez eso: / reconfortar, enseñar la belleza y hacer daño, / romper la tapa de los sesos. ( Insistencias en F. B.).

¿La tapa de los sesos de quién, Carlos Marzal? ¿La tuya o la nuestra? ¿O, tal vez, la tuya y también la nuestra? ¿O sólo la nuestra?: Quien escribió estas líneas, / el tipo que ha venido / con sus huesos a dar en esta página, / —por si no lo sabías— no es tu benefactor, / no es un filántropo, no siente compasión / por quien ahora le mira más allá de este libro. / Conque ni semejante, ni hermano ni otras estupideces. / Tiene un arma en la mano y lo que quiere / es descargarla entera en tu cabeza ( Por si no lo sabías ). ¿Qué fue, Carlos Marzal, del *mon semblable, mon frère*? ¿Qué se hizo de aquella usada fraternidad entre el autor y el lector para que ahora derive en ajuste de cuentas?

Oigamos a Andrés Neuman en su prólogo a *Carlos Marzal. Poesía a contratiempo*: Una sombra se te acerca. En una mano te ofrece un ramo de rosas. En la otra mano, uno de dinamitas. Sin rodeos confiesa que desea volarte la tapa de los sesos. Déjame que te hable del tacto de las armas, murmura. Sin embargo, no está claro quién acaba más herido.

La relación entre la voz que habla en los poemas de Carlos Marzal y sus lectores no es apacible ni sencilla. Aquel sujeto tiene un arma en la mano y lo que quiere / es descargarla entera en tu cabeza . Con todo, no hay crimen: sólo un diálogo, un intercambio de heridas frente a un espejo roto. Lo que vino a robarte es tu dolor, / a cambio del dolor que él ha sentido .

Ni apacible ni sencilla, y aun así, o por eso mismo, la poesía de Marzal no puede dejarnos indiferentes, porque, sincera, declara sin tapujos sus intenciones y, auténtica, quiere parecerse a la vida que sin maquillajes retrata, además de llenarse con los recuerdos biográficos que le importan y que, pese a volarnos la tapa de los sesos, no sólo

también nos importan a sus lectores sino que nos emocionan. Otra virtud más, sin duda, de esta poesía; claro está que conseguida por los desiertos caminos de la inteligencia. Carlos, por ejemplo, es consciente de que la literatura es un arte de solitarios hecho para solitarios, por lo que nadie debería extrañarse de que el poeta venga a canjear un dolor —seguramente como dos gotas de agua— por otro dolor. Y también de que en la literatura de la memoria, los recuerdos que no hayan sido sometidos a elaboración literaria no merecen recordarse.

Así son las cosas y así de complicada y peligrosa está la partida. Carlos, por fortuna, no rehúsa seguir jugando, arriesgarlo todo a una carta. Porque, a fin de cuentas, se trata de vivir, de pelear por la vida con las únicas armas que se tienen a mano: Son unas pobres armas / con que hacer frente al tiempo / todas esas palabras, palabras y palabras (Palabras). Pero esas armas nada sofisticadas triunfan si no en su guerrear con el tiempo, sí en la aproximación al sentido de la vida. Con perspicacia, anota Neuman en diferentes párrafos de su mencionado prólogo: Una de las palabras más recurrentes en la obra de Marzal es la palabra *vida*. (Rotula incluso uno de sus libros.); o De los pasajes del libro de la vida, los que a uno menos le gustaría entender son aquellos en los que se habla del dolor, de la muerte o de la lenta destrucción del tiempo. Pero esos son, precisamente, los pasajes en los que más abundan los poemas de Marzal; lo que viene a corroborar su primera afirmación de que vitalismo y fatalismo son dos verdades que dicen estos poemas.

La poesía de Marzal no engaña ni se engaña: constata una desazón, cuando no una cierta rabia, por el hecho de que la vida se rija por un reglamento absurdo, ilógico, sin sentido e injusto, si es que acaso hay reglamento. Semejante anarquía nos llena de monstruos el desván del pensamiento y surge el temor, el pánico: Parece que no hay nada fuera de lo corriente, / y, sin embargo, hay miedo, / hay un rumor obscuro, que es la vida / latiendo por debajo de la vida (Olor a miedo). Para que alguien alcance siquiera un momento de dicha, Marzal sospecha que a todos los demás nos recaudan un impuesto de felicidad, que todos los demás hemos de pagar el precio de ese placer ajeno: Los desvelados son un faro en nuestra noche. / Los desvelados pagan por nuestra travesía. / Centinelas alerta para que los ingenuos / naveguen por los mares de la felicidad (Los centinelas). Cómo explicarse esa arbitrariedad de la vida y, aun más, cómo resignarse a ella es el argumento del magnífico y verídico poema Lleno de ruido y furia en el que, en un hospital, un tipo muy contento, tras un feliz diagnóstico, / entra en un ascensor donde alguien llora.

Y, sin embargo, a pesar de que desde *El último de la fiesta* (donde leemos, por ejemplo, nada hay más imposible que escapar de nosotros) hasta sus últimos libros: *Metales pesados*, *Fuera de sí* o *El corazón*

*perplejo* (poesía reunida), pasando por *La vida de frontera* (donde asegura que la vida es una guerra de frontera, / pasada en desear lo inalcanzado, / mientras la vida queda al otro lado ), Marzal parece no tener una opinión demasiado favorable de la existencia, acaba siempre apostando por ella, celebrando en ella y con ella el milagro de cada instante inédito: la luz, los cuerpos, el amor, los amigos, o simplemente cuatro gotas de aceite que resbalan sobre un tomate, aquello que lo ingresa en el espejismo de conocer todas las salidas del laberinto, de estar en paz con el mundo. Perra vida a la que, no obstante, acaricias con ternura el lomo: Lo mágico consiste en proseguir / con la respiración, aliento por aliento, / en la perseverancia que nos mantiene en pie, / en la conciencia absurda que nos muestra / como una inútil pieza prescindible / del engranaje absurdo de este mundo (La magia de los días).

A esta digna manera de enfrentarse a la vida —*escepticismo apasionado*, en feliz expresión de Vicente Gallego— le corresponde una no menos digna forma de escribir poesía. Los lectores debieran exigirle a la Poesía al menos tres cláusulas irrenunciables: autenticidad, inteligencia y emoción. Como lector, encuentro las tres en la literatura de Carlos Marzal, quien destaca en su generación porque, a mi parecer sus palabras crecen hacia la luz, por más oscuro que sea el borrador de nuestras vidas. Le agradezco que, aunque oscuro el borrador, sea el verso claro, y cuando leo en el poema *La gloria necesaria* estos versos:

La gloria, en un poeta, es haber dicho,  
con exactas palabras para el dolor del hombre,  
algo que lo acompañe en la noche futura,  
y que secretamente el hombre lo agradezca.

le agradezco que sus poemas nunca dejen de acompañarme por los engañosos caminos de la Realidad.

